

HISTORIAS DE
: PLUTARCO :

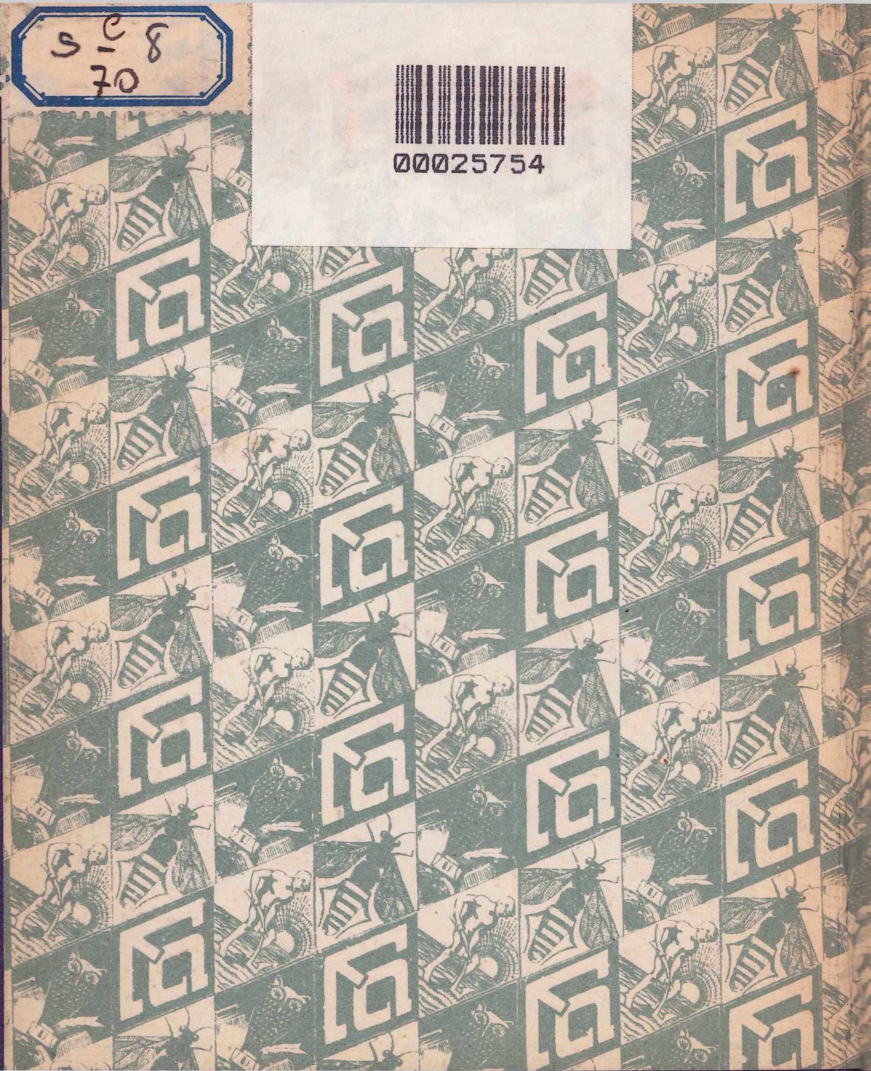


COLECCION ARALUCE

S-8
70



00025754





COLECCIÓN ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública para uso de las B. Circulantes
Premiadas en las Exposiciones de Leipzig, Barcelona y Sevilla.

HISTORIAS DE PLUTARCO



OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El Censor,

Fr. SEBASTIÁN PUIG PUIG,
Canónigo

Barcelona, 26 de junio 1930

IMPRÍMASE

† MANUEL, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Sra. Ilma.,

Dr. RAMÓN BAUCELLS,
Canc. Scio

HISTORIAS DE PLUTARCO

ADAPTACIÓN PARA LA JUVENTUD DE LAS FAMOSAS

VIDAS PARALELAS

POR

MANUEL VALLVÉ

CON ILUSTRACIONES DE

F. DE MYRBACH



CASA EDITORIAL ARALUCE
392, CORTES, 392 - BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

ÍNDICE

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

	<u>Págs.</u>
Prólogo	vii
I. — Teseo	13
II. — Rómulo	32
III. — Temístocles	50
IV. — Licurgo	58
V. — Publio Valerio Publicola	66
VI. — Solón	84
VII. — Cayo Marcio Corollano	93
VIII. — Filopemen	114

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

El Minotauro es muerto por Teseo *Frontis*

	<u>Págs.</u>
Teseo levantó fácilmente la piedra	15
...Teseo le había hundido la espada....	23
...no tardó en aparecer una loba, que cariñosa- mente...	35
—He aquí un nuevo rey, que ha nacido.	59
...decididos a empeñar mortal combate....	75
Solón lo contempló todo; pero no hizo ningún co- mentario...	88
...abandonaron sus jefes para entregarse al pillaje.	98
...vió que su madre y las demás mujeres se arrodila- ban...	112

PROLOGO

Se cree, que Plutarco, famoso historiador griego, vivió entre los años 46 al 120 de nuestra era, nació en Queronea, en la provincia de la Beocia, de noble familia; era sumamente inteligente e instruido, según se advierte claramente en las obras que dejó escritas. Pasó la vida dedicado a los negocios públicos y en Roma dió lecciones de Filosofía, a las que, según se dice, asistió el mismo emperador Trajano. Algunos han sostenido que Plutarco fué preceptor del emperador durante su juventud, mas se ha demostrado luego que eso era imposible, teniendo en cuenta que ambos eran de una edad bastante semejante.

En cambio parece más verosímil que Trajano elevara a Plutarco a la dignidad consu-

lar y lo cierto es, que nuestro autor le dedicó sus Apotegmas.

Después de vivir largo tiempo en Roma, se retiró a su casa y dedicó todos sus esfuerzos a escribir las «VIDAS PARALELAS», que le granjearon la celebridad hasta nuestros días. Esta obra, fuente y cantera inagotable de datos históricos sobre multitud de personajes griegos y romanos antiguos, tiene por objeto referir, sucesivamente, la vida de un griego y luego la de un romano, para establecer una comparación entre ambas, examinando, pesando y midiendo el grado de mérito, de acierto, de grandeza o de mezquindad que pueda haber en cada una, comparándola con la otra. Por esto llamó «Paralelas» a sus «Vidas», porque en su obra busca el paralelismo de las que parecen más semejantes y establece comparaciones de alto valor filosófico, que contribuyen a dar un mérito mayor, si es posible, a tan magnífica colección de biografías.

Dícese que Teodoro Gaza, griego de extraordinaria erudición y en extremo aficionado

al estudio, fué una vez interrogado acerca de cuál elegiría entre todos los demás libros que conocía, si tuviera que resolverse por uno solo. Sin vacilar contestó que escogería «*Vidas paralelas*», de Plutarco porque, a su juicio, no existía otro cuya lectura fuese, a la vez, tan provechosa y amena.

Por desgracia no han llegado a nosotros toda las «*Vidas*» que escribió, mas por las que conocemos fácil es advertir la importancia enorme de su obra que, por otra parte, y según ya hemos dicho, constituye hoy día una cantera importantísima de datos acerca de los antiguos personajes, sus costumbres, las historias detalladas de los hechos de estados y ciudades, y multitud de detalles que, de otra manera, habrían quedado perdidos para nosotros.

La adaptación de estas «*Vidas paralelas*» para los niños se hacía bastante difícil, por tratarse de una obra escrita para los mayores, muy extensa y que no puede reducirse a las proporciones de este volumen. De haber querido comprender todas las vidas, apenas ha-

bríamos podido dedicar más que unas líneas a cada una, con lo cual hubieran perdido todo interés. También tratamos de escoger unas cuantas, refiriéndolas de la misma manera como hace Plutarco y presentando luego la comparación entre cada pareja de relatos, pero tropezamos con el inconveniente de que no todas las biografías se prestaban a ser referidas a los niños, unas por áridas o poco interesantes y otras por demasiado complicadas o por contener detalles impropios de esta Biblioteca. Por esta razón nos hemos limitado a elegir, al azar, algunas vidas, de entre las más interesantes y menos conocidas, persuadidos de que, de esta manera, la obra quedará en mejores condiciones, dado el objeto de esta Biblioteca, y de que, además, servirá perfectamente para vencer la repugnancia que sienten, incluso los mayores, para las obras clásicas las que, por regla general, consideran áridas e incapaces de sostener la atención del lector.

Lejos de ser así, las cosas más entretenidas y amenas que se han escrito en la humani-

dad son, precisamente, las antiguas. En ellas se encuentra el origen de casi todas las ideas actuales y se ve claramente que en el mundo se han inventado muy pocas cosas. Tal vez ahora escribamos de otra manera, pero no hacemos más que vestir las ideas con distinto ropaje, de igual modo como nosotros mismos no llevamos las vestiduras de los antiguos, aunque nuestros cuerpos sean semejantes a los suyos y nuestro cerebro no en demasía superior al de aquéllos, pues sin duda alguna tiene bastante mérito más el crear que el perfeccionar, y la civilización moderna, con todos sus pasmosos adelantos, no ha hecho más que perfeccionar los tesoros materiales y espirituales que le legaron los antiguos.

M. V.

I

TESEO

Este héroe era, por su padre, descendiente directo del grande Erecteo, y de los primeros habitantes que hubo en el país de Atica ; y por parte de su madre descendía de Pelops, que, en su tiempo, fué el más poderoso rey del Peloponeso, no tanto por sus riquezas como por el número de sus hijos, uno de los cuales, Piteo, era abuelo materno de Teseo. Deseoso Egeo de saber cómo podría tener hijos, encaminóse a la ciudad de Delfos para consultar el oráculo de Apolo, y la profetisa le prohibió casarse antes de haber llegado a Atenas ; mas como la profetisa le contestara en palabras algo obscuras, emprendió el viaje de

regreso por Trecena, con el fin de consultar a Piteo. Este, que deseaba aprovechar todas las ocasiones para casar a sus hijas, le convenció de que tomase por esposa a una de ellas, llamada Etra. Consintió en ello Egeo y después de haber vivido algún tiempo en compañía de su esposa, quiso emprender el regreso a Atenas y antes de separarse de Etra le entregó una espada y unos zapatos, que ocultó debajo de una gran piedra, recomendándole que no hablase de ello con nadie en absoluto, pues tales objetos estaban destinados al hijo que pudiera tener de su matrimonio, a fin de que su padre lo reconociese en cuanto se presentara a él. Egeo temía en gran manera a sus cincuenta sobrinos, quienes, en vista de que su tío carecía de descendencia, habrían deseado heredarle y esta fué una de las causas del secreto que recomendara a su esposa.

Pasados unos meses de la marcha de Egeo, Etra tuvo un hermoso hijito, a quien se dió el nombre de Teseo. Creció el niño en casa de su abuelo Piteo, en donde recibió la educa-



Teseo levantó fácilmente la piedra.

ción y la instrucción apropiadas a su alto nacimiento.

Su madre Etra no le comunicó el nombre de su padre y su mismo abuelo, Piteo, con objeto de lograr que el niño fuese aún más respetado, hizo cundir el rumor de que era hijo de Neptuno. Creció Teseo robusto, ágil, sabio y valeroso, sin dejar de ser, al mismo tiempo, en extremo prudente, y llegó el día en que su madre le llevó ante la gruesa piedra que encerraba los objetos dejados por su padre y que habían de servir para que le reconociese en cuanto se presentara ante él. Entonces Etra le declaró quién era su padre y le aconsejó que cuanto antes se dirigiera a Atenas, tomando para ello la vía marítima.

Teseo levantó fácilmente la piedra y tomó los zapatos y la espada que halló debajo, pero contestó francamente a su madre que no quería ir por mar, aunque eso fuese más seguro y si se lo rogaron tanto su madre como su abuelo, era porque el camino estaba lleno de bandidos y ladrones. En efecto había algunos dotados de estatura y fuerza gigantescas, que

se complacían en maltratar a cuantas personas se ponían a su alcance. Hércules, que en otro tiempo iba por el mundo, luchaba con alguno de estos gigantes y les daba muerte, mas en breve ellos aprendieron a ocultars a su paso y el semidiós ya no se molestaba en anularlos, figurándose que se habían humillado, pero cuando el héroe, después de dar muerte a Fito, se marchó a Lidia, a servir a la reina Omfale, condenándose a sí mismo a tal pena, por el homicidio cometido, los gigantes bandidos de la Grecia recobraron su atrevimiento resultando peligrosísimo ir por tierra desde el Peloponeso a Atenas.

Piteo refirió a Teseo quienes eran los bandidos que infestaban el camino, con objeto de persuadirle de que hiciera el viaje por mar, mas el joven, entusiasmado por las hazañas de Hércules, que oyera referir, ardía en el deseo de imitarlas y de presentarle la espada que le legara, teñida en sangre de aquellos asesinos. Así, pues, y sin hacer más caso de las recomendaciones de su madre y de su abuelo, se puso en camino, bien decidido a no

provocar a nadie, pero sí también a defenderse y castigar a los que se opusieran a su paso.

El primero que derrotó fué un ladrón llamado Perifetes, en las cercanías de la ciudad de Epidauro. Este llevaba siempre una clava a guisa de bastón ; quiso impedir el paso a Teseo, mas éste luchó contra él y le dió muerte, quedándose con la clava como trofeo de su victoria. Prosiguiendo su camino por el Peloponeso, dió muerte a otro bandido llamado Sinpis, quien tenía la costumbre de atar a sus víctimas a las ramas de dos pinos, después de haber encorvado los árboles, de suerte que, al enderezarse éstos, destrozaban al desgraciado. Enterado Teseo de esta costumbre criminal, sometió a ella al mismo bandido. Más adelante dió muerte a un monstruo llamado Phaea, y también al bandido Scirón, que obligaba a los viajeros a lavarle los pies y luego, de un puntapié los arrojaba al mar. Teseo le sumergió también en el Mediterraneo, arrojándolo desde lo alto de una roca, y, en fin, en su camino hacia Atenas limpió

de bandidos aquel territorio, obteniendo siempre la victoria y acometiendo hazañas que casi le igualaban con Hércules, su pariente.

A su llegada a Atenas encontró al pueblo dividido y revuelto y vió que tampoco en el palacio de su padre reinaba la alegría ni la dicha, porque la maga Medea, desterrada de Corinto, habíase retirado a Atenas y se esforzaba en lograr que el rey Egeo la tomase por esposa. Además, sospechando la maga la verdadera identidad de Teseo, persuadió al rey de que le hiciera servir una copa de vino envenenado en el banquete a que se le había invitado. Egeo consintió, porque era ya muy viejo y estaba receloso de todo el mundo. Teseo aceptó el convite sin darse a conocer, pero cuando sirvieron la carne, desenvainó la espada, como si con ella quisiera cortarla y dejó que el rey viese el arma. En efecto, el rey la recordó en el acto y comprendiendo que aquel era su hijo, se apresuró a volcar la copa emponzoñada. Luego, después de interrogarle, abrazó al joven, le reconoció y en asamblea pública comunicó la existencia

de aquel hijo, cosa que alegró sobremanera al pueblo, al ver que la casa de Egeo no carecería de sucesor. Sin embargo, los sobrinos de Egeo, y por lo tanto primos de Teseo, disgustados por la aparición de un heredero del reino que ya tenían por suyo, no lo quisieron sufrir y, dividiéndose en dos grupos, se apresuraron a dar muerte a Teseo. Uno de aquéllos en tanto que el otro fué a presentarle batalla se emboscó en espera del paso del príncipe, en campo abierto. Pero enterado Teseo de ello, fué a acometer a los que se habían emboscado, mató a algunos y puso en fuga a los otros, y al saber lo sucedido los del grupo restante, no aguardaron más y huyeron a su vez. Hecho esto, Teseo, que no quería permanecer inactivo, fué a combatir contra el toro de Maratón, que causaba grandes daños entre los habitantes de Tetrápolis, y después de cogerlo vivo lo paseó por la ciudad, para que lo viesen todos, y por fin lo sacrificó a Apolo.

Poco tiempo después de esta hazaña llegaron a Creta los enviados del rey Minos, a pe-

dir, por tercera vez, el tributo que pagaba Atenas por haber dado traidora muerte a Androgeo, hijo de Minos. De eso resultó una guerra, y sitiada Atenas, sus habitantes fueron a consultar el oráculo, quien les ordenó aceptar sin reserva las condiciones que quisiera imponerles Minos. Este les concedió la paz a cambio de que, durante nueve años, los atenienses mandasen a Creta siete mancebos y otras tantas doncellas, y aunque no todos los autores están de acuerdo acerca del destino que sufrían estos muchachos, la opinión más general es que el rey Minos los hacía devorar por el Minotauro, monstruo de cabeza de toro y de cuerpo humano, encerrado en una profunda caverna, en la que el más hábil de los arquitectos de la época, Dédalo, había construído un laberinto, formado por una multitud de corredores entrecruzados, vestíbulos y complicados pasadizos, de manera que quien penetraba allí no podía hallar la salida y perecía, al fin, devorado por el Minotauro.

Llegó, pues, la ocasión de pagar por tercera vez el tributo de sangre y el pueblo em-

pezó a murmurar contra Egeo, acusándole de ser el causante del daño, sin sujetarse, en cambio, al tributo doloroso. Estas justas quejas del pueblo apenaron el corazón de Teseo, quien, deseando correr la misma suerte que sus conciudadanos, se ofreció voluntariamente a ser enviado, sin esperar a que le designase la suerte. Tal oferta entusiasmó al pueblo y en vano fué que Egeo le rogara que desistiera de su empeño, porque el joven continuó firme en su propósito y así el rey no tuvo más remedio que proceder al sorteo de los otros seis mancebos y de las siete doncellas que habían de acompañar a su hijo. Este quiso tranquilizarle y le aseguró que no morirían ni él ni sus compañeros y que en breve estarían todos de regreso en la patria.

Los atenienses solían mandar a los catorce jóvenes en un barco impulsado por una vela negra, queriendo significar, con esto, que los desgraciados no tenían la más pequeña esperanza de salvación, pero aquella vez Egeo dió al piloto una vela blanca para que, en caso de que los jóvenes pudieran salvarse y regre-

sar a su país, la pusieran en vez de la negra ; de lo contrario debería regresar con la última, para dar a entender que se había perdido ya toda esperanza.

Como es natural, la llegada de la nave con las víctimas, causó profunda sensación en Creta y todo el mundo se apresuró a acudir a la orilla del mar, para presenciar el desembarque de los viajeros.

Una de las espectadoras que más impresionada se sintió ante aquel doloroso desfile, fué la hermosa Ariadna, hija del rey Minos, quien, sobre todo, se fijó en el gallardo y valeroso Teseo, al que ya conocía por la fama de sus hechos. Palpitó, dolorido, el corazón de la joven ante la idea de que aquel joven pudiera ser víctima del Minotauro, y resuelta a impedirlo, buscó la manera de hablar con el apuesto mancebo. Teseo agradeció en extremo el auxilio de Ariadna y, a su vez, se sintió enamorado de la hermosa doncella. Esta le dió detalles acerca del laberinto y del Minotauro y como le constaba que quien entrase no podría hallar la salida, dió a Te-



...Teseo le había hundido la espada...

seo un ovillo de hilo, mediante el cual no tendría la menor dificultad en seguir a la salida el mismo camino que a la entrada, pues el joven príncipe le había dado ya cuenta de su intento de matar al monstruo.

También Ariadna entregó al héroe una espada para que pudiera acometer la empresa y llegó el día en que los catorce atenienses fueron introducidos en el fatal laberinto. Teseo precedió a sus compañeros, y así, precediendo a los demás, llegó a presencia del Minotauro, el cual quiso arrojarse contra aquella víctima, pero antes de que pudiese llegar a ella, ya Teseo le había hundido la espada en el corazón dejándolo sin vida en el suelo.

Una vez cerciorado de que el Minotauro estaba bien muerto, Teseo fué en busca de sus compañeros y, siguiendo el hilo conductor, los llevó a la salida del Laberinto, en donde esperaba la hermosa y fiel Ariadna. Teseo y la princesa cayeron uno en brazos del otro, alegres en extremo, al verse de nuevo y los atenienses, así como la princesa, se encaminaron apresuradamente a la costa para em-

barcar en la nave que, por orden de Teseo, les aguardaba.

Una vez a bordo, la embarcación emprendió la marcha y se alejó de la isla de Creta. El tiempo, que se presentaba bonancible, no tardó en convertirse en tempestuoso, y tan amenazador llegó a ser el estado del mar, que el piloto indicó la conveniencia de ir en busca de la isla de Naxos, para esperar el fin de la tempestad.

A costa de grandes esfuerzos llegaron a la isla, en la que desembarcaron los atenienses y también la princesa Ariadna. Esta se hallaba fatigada en extremo por la tormenta pasada y aprovechó la ocasión de tenderse, al abrigo del viento, para entregarse al sueño.

La tempestad no tardó en calmarse. Pronto cesó el viento, se aclaró el cielo, el mar apaciguó sus aguas y el sol reapareció en el firmamento. Impacientes todos de reanudar el viaje pasaron de nuevo a bordo, mas, por un olvido inexplicable o a causa de una ingratitud, que ha sido en extremo reprochada a Teseo, el caso es que éste no se acordó de

Ariadna al tiempo de embarcarse. Sostienen algunos autores que cuando acababan de llevar anclas se dió cuenta de su olvido y que no pudo volver a tierra por más que quiso, pero lo cierto es que la desdichada princesa quedó allí abandonada. Al despertar abrió los ojos extrañada de no ver ni oír a sus compañeros de viaje, ni al elegido de su corazón y, con profundo dolor, no tardó en darse cuenta de su soledad. Loca de pena corrió a la playa, pero por más que registró el mar no pudo divisar ninguna nave y la pobrecilla se echó a llorar con gran pena, dirigiendo toda suerte de súplicas a los dioses.

Cuando más desesperada estaba y quizás resuelta a arrojarse al agua, para terminar con su dolor, el dios Baco, que regresaba de un viaje a la India, llegó a la isla y oyó los gritos de la desgraciada doncella. Se esforzó en consolarla y tan elocuente estuvo que lo logró. Ambos maldijeron al ingrato Teseo y, por fin, sintiéndose los dos penetrados del mismo sentimiento amoroso, no tardaron en

confesárselo y acabaron contrayendo matrimonio.

Mientras tanto la nave de Teseo proseguía felizmente su viaje y en cuanto llegaron a la costa de Atica, tanto el piloto como el mismo príncipe sintieron tal júbilo, que, ni remotamente, se acordaron del encargo del rey Egeo, de tender las velas blancas que anunciaban el feliz regreso. El rey, mientras tanto, estaba observando el mar, en espera de la aparición de la nave y no tardó en divisarla desde muy lejos, como minúscula mancha en el horizonte. La distancia no le permitía ver el color de las velas, pero en breve, a medida que la nave se aproximaba, empezó a recelar que llevaba las velas negras. Por fin ya no tuvo la menor duda de ello, y persuadido de que jamás volvería a ver a su hijo, sintió tan intenso dolor, que, subiéndose a una alta roca que había en la playa, se arrojó de cabeza al agua y se mató, dando, con ello, el nombre a aquel mar que, desde entonces, se llama Mar Egeo.

En cuanto los navegantes llegaron al puerto de Falero, Teseo se apresuró a hacer los

prometidos sacrificios a los dioses y acto seguido despachó a un heraldo para que fuese a dar la noticia de su llegada. El enviado, al entrar en la ciudad, se encontró con numerosas personas que lamentaban la muerte del rey Egeo, pero otros lo recibieron con la mayor alegría y hasta quisieron coronarle de flores en pago de las buenas noticias de que era portador. No quiso el heraldo ponerse las coronas de flores, sino que las colgó de la vara que empuñaba y se volvió hacia el mar, donde Teseo estaba ocupado en sus sacrificios; en vista de que aún no los había terminado, no quiso entrar siquiera en el templo y se quedó fuera, pero en cuanto acabó la ceremonia, fué a comunicar al príncipe la triste nueva de la muerte de su padre, de modo que los recién llegados se encaminaron muy tristes a la ciudad.

Después de tributar al padre las debidas exequias, Teseo redujo a una sola ciudad los habitantes de toda la provincia de Atica, antes diseminados en varias aldeas, que, sin cesar, estaban en pugna y organizó una es-

pecie de república a la que dió el nombre de Atenas. Logrado esto, abandonó su autoridad real, según había prometido, y se dedicó a la organización de los negocios públicos; fomentó el poderío de Atenas, hizo acuñar monedas, instituyó los juegos populares y, en una palabra, se esforzó en dictar sabias leyes que hiciesen temida y respetada a su patria.

Más tarde emprendió una guerra contra las amazonas, atrevidas guerreras que gozaban de la fama de ser invencibles y, por fin, ambos bandos depusieron las armas, conviniéndose en que Atíope o Hipólita, reina de las Amazonas, se casaría con Teseo. De este matrimonio nació un hijo, Hipólito, muchacho fuerte, valeroso y digno como su padre. Este enviudó y casó luego con Fedra, hermana de Ariadna, a la que abandonara en otro tiempo en la isla de Naxos, mas esta mujer, de sentimientos criminales, acusó al joven Hipólito ante su padre, quien justamente irritado, expulsó a su hijo.

Alejábase el joven por la orilla del mar, montado en su carro, cuando surgió de entre

las aguas un monstruo furioso, que espantó a los caballos de Hipólito y éste murió destrozado contra las rocas, al ser arrojado contra ellas por los vaivenes que los enloquecidos animales hacían dar al carro.

En cuanto la criminal Fedra conoció el horrible fin del mancebo, se sintió presa de horribles remordimientos y confesó sus embustes y sus calumnias a Teseo. Luego, sin fuerzas para soportar la vergüenza y el pesar, se dió voluntariamente la muerte.

El desgraciado Teseo al verse sin su hijo, a quien quería tiernamente, y sin la esposa en cuyo amor creyó, quiso distraerse reanudando su vida aventurera. Regresó a Atenas, pero encontró a la ciudad hundida en la anarquía y en las luchas civiles. Vanos fueron sus intentos para restablecer la paz, porque nadie quería hacerle caso. Por fin, sintiendo ya terminada la paciencia y convencido de que no lograría la concordia, resolvió abandonar Atenas para ir a establecerse en la isla de Esciro, en compañía de los restos de su familia. Allí

tenía algunos bienes y esperaba también hallar amigos.

Era entonces rey de las islas Licomedes, y Teseo le pidió sus tierras, pues tenía la intención de establecerse en ellas, aunque existen autores que aseguran que Teseo pidió a este rey auxilio contra los atenienses; pero lo cierto es que Licomedes, ya por temor de un hombre tan poderoso, por celos o porque quisiera contentar a los enemigos de Teseo, el caso es que lo llevó a la cima de unas altas rocas, fingiendo que quería mostrarle, desde allí, sus posesiones, pero, en cuanto hubieron llegado, lo despeñó desde lo alto y Teseo perdió la vida al llegar a la base de las peñas. Hay quien asegura que se cayó por sí solo, mientras paseaba una noche, después de cenar, según tenía por costumbre. Nadie, sin embargo, pareció deseoso de vengar su muerte y en Atenas siguió reniando Menesteo, que había usurpado el trono. Los hijos de Teseo tomaron parte en la guerra de Troya, en calidad de guerreros vulgares, pero después

de la muerte de Menesteo regresaron a Atenas y recobraron el reino.

Los atenienses abrieron por fin los ojos a la verdad, reconociendo el mérito extraordinario del héroe Teseo, a quien honraron como a un semidiós, y, a partir de entonces, se celebraron ceremonias religiosas y juegos en su honor.

De acuerdo con la tradición, Teseo vivió desde 1249 hasta 119 a. de J., de manera que, al morir, debía contar solamente cincuenta años.

II

ROMULO

Andan discordes los historiadores acerca de los orígenes de Roma, pues algunos atribuyen su fundación a los pelasgos y otros a los troyanos que pudieron salir con vida de la destruída Troya; en fin, las opiniones son numerosísimas y absolutamente opuestas entre sí. Mas parece que la versión aceptada generalmente es la de que Rómulo dió su nombre a la capital, aunque cuando se trata de la ascendencia de este primer rey de Roma vuelven a suscitarse las controversias y a ofrecerse distintas versiones acerca de quiénes fueron sus primeros progenitores. Sin embargo, y a pesar de las ligeras variedades que

puedan existir en la versión de su historia, parece desprenderse que la estirpe de los reyes de Alba, descendientes de Eneas, de padre a hijo, recayó, por fin, en dos hermanos, Numitor y Amulio. Este último, al hallarse ante la herencia de su padre, la dividió en dos partes: una la constituía el reino y la otra las riquezas que sus antepasados trajeron de Troya. Numitor escogió el reino, pero como quiera que Amulio se considerase más rico y más fuerte que su hermano, gracias a su dinero y a su valor no tardó en quitarle, también, la corona. Luego, temeroso de que la hija de Numitor tuviese descendientes que pudiesen destronarle, la obligó a hacerse vestal, o sea sacerdotisa de la diosa Vesta, de manera que la joven había de renunciar al matrimonio.

Esta joven princesa ha recibido de los historiadores los nombres de Rhea, Silvia e Ilia, aunque es más conocida por el primero. Pero es evidente que debió de casarse en secreto, porque lo cierto es que a poco tuvo dos hermosos hijos varones y si no fué condenada a

muerte debióse a las súplicas de su prima Antho.

Cada vez más temeroso Amulio, a causa del nacimiento de los dos príncipes, resolvió hacerlos perecer, a fin de evitar la posibilidad de que un día quisieran arrebatarle la corona que él mismo quitara a Numitor. Por consiguiente, encargó a uno de sus servidores que tomase los niños y fuese a arrojarlos al río.

El servidor metió a los dos infantes en una artesa y con ella se acercó al Tíber, pero como el río estuviera muy crecido, no se atrevió a acercarse a la corriente y abandonó la artesa en la orilla. Aumentó más aún el caudal de las aguas y éstas tomaron la artesa, la levantaron con suavidad y la llevaron a un lugar unido y liso. Cerca de él había un cabrahigo que se conocía con el nombre de *Ruminalis*, quizás porque a su sombra solían retirarse algunos carneros y ovejas para rumiar a la hora del calor.

Allí quedaron los dos niños, y no tardó en



...no tardó en aparecer una loba, que cariñosamente...

aparecer una loba, que cariñosamente los amamantó y un picoverde ayudó, también, a alimentarlos y a guardarlos. Por esta razón los romanos consideraban sagrados a estos dos animales.

Más tarde y cuando ya los niños podían valerse, se encargó de su crianza Fáustulo, jefe de los porquerizos de Amulio, aunque recelándose de ello, si bien algunos aseguran que el abuelo Numitor lo sabía y le daba el dinero necesario.

Los dos niños, por haber sido encontrados cuando se amamantaban de la loba, recibieron los nombres de Rómulo y Remo, derivados el primero del lugar en que crecía el cabrahigo y el segundo del nombre que se daba a las mamas de la loba.

Los dos niños tenían una gran belleza de cuerpo y grande apostura en sus movimientos, y a medida que fueron creciendo aumentaba su valor, de manera que no tenían el más pequeño temor por cuanto pudiera ocurrirles. Sin embargo, era fácil advertir que Rómulo tenía más inteligencia que su herma-

no, y en todos los asuntos que tenía que resolver daba claras muestras de que había nacido para mandar y no para obedecer. Todo el mundo sentía el mayor afecto por los dos hermanos, pues se mostraban bondadosos, activos, valientes y dedicaban su tiempo a la caza, al exterminio de los bandidos y al socorro de los oprimidos, sin olvidar los ejercicios que habían de hacerles vigorosos y aguerridos.

Un día hubo una pelea entre los pastores de Amulio y los de Numitor, porque éstos quitaron varias cabezas de ganado a los otros. Rómulo y Remo no pudieron consentir tamaño atropello y castigaron a los ladrones, sin cuidarse de la cólera de Numitor. Por el contrario, para poder resistir cualquier ataque, reunieron una tropa de vagabundos y de siervos fugitivos, a los que ellos mismos ayudaban para que huyesen de sus amos.

Pero un día en que Rómulo estaba sacrificando a los dioses, los pastores de Numitor sorprendieron a Remo casi solo y después de una enconada lucha lograron apoderarse

del joven, mal herido, a quien presentaron a Numitor, acusándolo de diversos crímenes. Su abuelo, que no le conocía, no se atrevió a hacer nada contra él, por temor de Amulio, pero fué a pedirle protección y justicia. Apoyado por la opinión general, Numitor pidió al rey de Alba que le abandonase a la suerte del culpable Remo, y Amulio le otorgó su petición. Muy contento, Numitor se llevó a Remo a su casa, pero cuando lo examinó quedóse asombrado por el aspecto majestuoso del joven, que parecía indiferente a la suerte que le aguardaba y, por fin, aunque débilmente, empezó a sospechar la verdad. Interrogó, pues, al joven, con voz dulce, para saber quiénes eran su padre y su madre, y Remo, contento al notar el cambio de maneras del anciano, le contó la verdad acerca de su nacimiento.

Al oír el relato, Numitor no dudó de que tenía ante su presencia a uno de sus nietos, pero antes de hacer cosa alguna quiso hablar con su hija, que todavía continuaba presa.

Mientras tanto, Fáustulo se enteró de la

prisión de Remo y fué en busca de Rómulo para que acudiese en socorro de su hermano. Hecho esto, tomó la artesa en que los dos niños fueron abandonados, y se presentó ante Numitor, temeroso de lo que éste pudiera hacer contra su nieto. Sucedió que entre los soldados que había ante la puerta de la casa de Numitor se hallaba el mismo que recibió el encargo de abandonar los niños y habiendo reconocido la artesa, acompañó a Fáustulo para corroborar su declaración ante el anciano príncipe.

En cuanto a Amulio, también se enteró de lo que ocurría y mandó un mensajero a casa de su hermano, con objeto de preguntarle si vivían los hijos de Rhea, y en efecto, el mensajero halló al anciano casi a punto de abrazar a su nieto, que en adelante ya no se movió de su lado.

Rómulo, por su parte, acompañado de los parciales y de cuantos estaban descontentos del gobierno de Amulio, acudía a socorrer a su hermano ; de este modo fué como Remo, incitando a los habitantes de Alba, y Rómu-

lo acudiendo con los suyos, el tirano Amulio se vió entre dos ejércitos y, turbado a más no poder, no acertó siquiera a defenderse, de manera que no tardó en ser cogido y muerto.

Una vez muerto el usurpador y después de haberse calmado los ánimos, Rómulo y Remo devolvieron el trono a su abuelo, tributaron a su madre Reha los honores que le correspondían y no queriendo continuar en Alba, resolvieron ir a fundar una ciudad en el mismo lugar en que se habían criado. A ello estaban casi obligados por sus partidarios, que no podían seguir habitando en Alba a causa de sus costumbres violentas.

Partieron los dos hermanos, pero cuando se trató del lugar en que había de fundarse la nueva ciudad, hubo una disputa entre ellos, luego un engaño por parte de Rómulo y finalmente algunas burlas de Remo. El caso es que éste fué muerto por aquél, no sin que pereciesen algunos de los partidarios de ambos hermanos.

En cuanto Rómulo se vió libre de sus actos empezó a dirigir la construcción de la ciu-

dad y llamó a unos hombres de Toscana, que le enseñaron todas las cosas que debía observar para ello, entre las cuales se contaba el señalar con el arado la línea que habían de formar las murallas de la nueva ciudad.

Terminadas que fueron estas ceremonias, dividió en tropas a todos los que se hallaban en estado de llevar armas, o sean tres mil hombres a pie y tescientos caballos, y recibieron el nombre de legiones. Después nombró cien consejeros, dándoles el nombre de patricios y a su conjunto, Senado, o sea algo parecido al consejo de los ancianos. En cuanto a los restantes ciudadanos, recibieron el nombre de *Populus*, o sea pueblo. Pero éste quedó dividido también en dos categorías. A la de los ciudadanos poderosos los llamó patronos y clientes a los demás, que significa adherentes o recibidos en salvaguardia; y ligó unos a otros por medio de grandes obligaciones recíprocas, pues los patronos defendían a sus clientes, les aconsejaban y dirigían sus negocios, y estos últimos, en cambio, les honraban y reverenciaban, les ayudaban con

sus medios de fortuna y les apoyaban en todo. Además estaba prohibido que el patrono tuviese la obligación de declarar contra su cliente ni éste contra aquél.

Los nuevos ciudadanos vivieron cuatro meses ocupados en organizarse y en cuanto lo hubieron logrado pensaron en fundar sus hogares. Pero lo malo era que en la nueva ciudad no había mujeres. Las solicitaron a varios pueblos vecinos, pero ninguno quiso darles sus hijas o sus hermanas. Entonces los romanos, aconsejados por Rómulo, resolvieron raptar las mujeres de los sabinos, sus vecinos. Para ello dieron a entender que habían encontrado a un dios escondido en el suelo, al que llamaron *Consus*, y que deseaban celebrar grandes festejos, a los que invitaron a todos los que quisieran asistir. De todas partes acudió gente y Rómulo tomó asiento en el lugar más distinguido de la liza, vestido con un hermoso traje de púrpura y acompañado de sus principales dignatarios. Dió a sus hombres la consigna de que cuando doblase una esquina de su manto podía empezar el rapto

de las mujeres, para lo cual ya iban todos prevenidos con sus armas. En efecto, en cuanto Rómulo les hizo la señal, los romanos empezaron a ir de un lado a otro, empuñando las espadas y se apoderaron de las hijas de los sabinos, haciendo huir a los hombres, aunque sin causarles ningún daño. Algunos dicen que solamete raptaron a treinta, pero hay indicios de que fueron muchas más. Tal proceder, como se comprende, indignó a los sabinos, quienes, sin embargo, no apelaron a la violencia, sino que mandaron embajadores para pedir la devolución de sus mujeres, aunque Rómulo les dijo que no las devolvería y que lo mejor que podía hacer el pueblo sabino era aceptar la alianza consumada.

Mientras tanto Acron, rey de los ceninianos, hombre valeroso y buen guerrero, observaba con la mayor atención los actos de Rómulo y al enterarse del rapto de las sabinas se dijo que no podía dejar pasar más tiempo sin castigarle. Reunió, pues, un poderoso ejército, pero Rómulo que lo supo le imitó en sus preparativos. Cuando estuvieron tan cer-

ca uno de otro que pudieron verse, ambos abandonaron a sus soldados para luchar entre sí cuerpo a cuerpo. Rómulo suplicó a Júpiter que le concediese la victoria, prometiéndole hacerle la ofrenda de las armas de su enemigo, y después de dirigir esta oración atacó a su contrario y consiguió darle muerte en breves instantes. Luego empenó la batalla contra sus soldados, los derrotó y tomó la ciudad; mas una vez en ella se abstuvo de hacer daño a nadie, aunque les ordenó que demolicen sus casas y le acompañasen a vivir en Roma, en donde gozarían de iguales derechos y privilegios que los primitivos habitantes.

Las otras ciudades sabinas cercanas se armaron contra los romanos, mas fueron derrotados y tuvieron que abandonar sus ciudades a Rómulo, quien distribuyó las tierras entre sus hombres, a excepción de las que pertenecían a los padres de las sabinas raptadas. Los demás sabinos se indignaron por esta causa y prepararon un formidable ejército para atacar a Roma.

La ciudad era entonces de difícil acceso, pero Tarpeya, hija de un capitán de la guarnición de las murallas, ofreció abrir una puerta a cambio de lo que los sabinos llevaban en el brazo izquierdo, es decir, sus brazaletes de oro. Los enemigos de Roma se lo prometieron así y una vez ella les hubo franqueado la entrada, los sabinos le arrojaron con gran fuerza sus brazaletes y sus escudos, de modo que la traidora quedó muerta bajo aquella masa metálica.

La traidora joven fué enterrada allí mismo y la colina fué llamada Tarpeya, aunque más tarde se dió este nombre a una alta roca del Capitolio, desde la cual se arrojaba a los malhechores.

Una vez ya los sabinos en la ciudadela, se creyeron ya en excelente situación para dar la batalla contra los romanos. Ya se puede imaginar cuál fué la cólera de Rómulo al enterarse de lo sucedido. Acudió con su gente y presentó batalla a los invasores, empeñándose una lucha horrible, en la que se hicieron prodigios de valor por ambas partes ; pero sin

que la victoria se inclinase visiblemente hacia ninguno de los dos bandos.

Así continuó la cosa por espacio de varios días, pero al fin una mañana, cuando los dos ejércitos se aprestaban a reanudar la lucha, quedáronse pasmados de admiración ante el espectáculo que pudieron presenciar sus ojos. En efecto, las sabinas raptadas por los romanos, acudieron de todos lados, llorando, gimiendo y gritando, arrojándose sobre los muertos y los heridos, de manera que no parecía sino que estuviesen locas o furiosas. En tal estado fueron al encuentro de sus padres y de sus maridos, algunas llevando en brazos a sus hijitos y llamando ora a los sabinos o a los romanos por los nombres más dulces que reciben los hombres. Eso conmovió los corazones de unos y otros, de manera que se retiraron un tanto y les dejaron espacio libre entre ambos ejércitos.

Entonces las sabinas les suplicaron que depusieran las armas, pues ya que sus padres y hermanos no fueron a reconquistarlas a Roma, inmediatamente después de su rapto,

dieron ocasión a que los romanos las tomaran por esposas y que ellas les cobrasen afecto. Además, en virtud de aquellos matrimonios la lucha entre los dos ejércitos era ya una lucha entre parientes y así les exhortaron a que abandonaran la cruenta guerra y no quisieran privarlas de sus maridos y de sus hijos.

Tales palabras convencieron a todos. Los soldados de ambos bandos depusieron las armas, y ellas, mientras tanto, se dedicaron a la caritativa tarea de dar de comer y de beber a sus padres y a sus esposos, a cuidar a los heridos y a trasladarlos a sus casas. Dieron a entender a sus padres que sus maridos romanos las trataban con todo afecto y cariño, y destruyendo de esta manera todo motivo de rencor, se reconciliaron los jefes y los soldados, acordando que en adelante serían todos ciudadanos romanos y que Tacio, el rey de los sabinos, reinaría en Roma conjuntamente con Rómulo.

Aunque los dos monarcas reinaron cinco años con el mayor acuerdo y lealtad, sucedió que cierto día unos parientes y amigos del

rey de los sabinos cometieron unos asesinatos para robar a unos emisarios, y los parientes de los muertos, en vista de que Tacio no les concedía el castigo de los criminales, le asesinaron a su vez, sin que Rómulo se preocupase en vengar su muerte, antes bien, se cree que se alegró mucho del suceso.

Los sabinos no se rebelaron a pesar de la muerte de su soberano, tanto por afecto a Rómulo, como por el temor que les inspiraba. Mientras tanto, Rómulo seguía aumentando el poderío de Roma y venciendo a sus vecinos enemigos, de modo que al fin los más débiles se limitaban a vivir en paz con él. Tantos y tan repetidos éxitos enorgullecieron al primer rey de los romanos, que adoptó un traje purpúreo y unas maneras altivas que en él eran desacostumbradas.

Pero cuando estaba en lo más alto de su poderío y en la cumbre de su grandeza, ocurrió una cosa rara en extremo, y es que desapareció sin dejar rastro, y sin que se hallasen, no ya sus restos, aunque fuese en ínfima cantidad, sino que ni siquiera una hilacha

de su traje. Hiciéronse muchas conjeturas para explicar tan misteriosa desaparición, y hasta se acusó a los senadores de haberlo muerto y despedazado, para llevarse cada uno un fragmento de su cuerpo, pero eso no pudo probarse y muchos se contentaron con la explicación de que Rómulo había sido arrebatado al cielo en medio de una horrible tempestad.

Por fin se presentó al pueblo uno de los más nobles patricios y amigo íntimo de Rómulo y aseguró haber visto a éste, más alto que nunca y envuelto en un traje resplandeciente, y que le dijo que los dioses lo habían arrebatado al cielo, desde el cual seguiría siendo el protector del grande imperio que había fundado, de manera que en adelante los romanos podían adorarle como Dios, bajo el nombre de *Quirinus*.

Estas palabras parecieron bien a los romanos, quienes, a partir de entonces, tributaron culto a *Quirinus* y edificaron un templo sobre una de las colinas, el cual recibió el nombre de Quirinal, que todavía se conserva.

Dionisio de Halicarnaso da a Rómulo cincuenta y cinco años de vida, y treinta y siete de reinado.

III

TEMISTOCLES

Este heroe fué de linaje obscuro y de humilde cuna, pues sus padres no pertencían a las personas distinguidas de Atenas, mas, sin embargo, el niño Temístocles se hizo ya notable durante su infancia por su extraordinaria actividad y su espíritu reflexivo; en las horas de ocio no se entregaba a los juegos propios de su edad, sino en componer discursos y en intentar la defensa o la acusación de las leves faltas de sus compañeros, tanto que, dándose cuenta su maestro, le profetizó que no habría de ser nada pequeño, sino un gran hombre, para el bien o para el mal. También dedicaba todos sus afanes a apren-

der aquellas cosas que sirven para formar el entendimiento y aventajaba en eso a todos los niños de su edad. Un día en que alguien criticó su educación, replicó con el mayor desenfado que si él no sabía templar una lira, no ignoraba, en cambio, la manera de tomar a su cuidado una ciudad pequeña y oscura, para convertirla en grande y poderosa. En la primera parte de su juventud fué de un lado a otro, pues carecía de objeto y aspiración precisa, mas no tardó en aplicarse a los negocios públicos, que solicitaban principalmente su atención. Su natural perspicacia le dió a entender que después de la victoria que en Maratón alcanzaron contra los bárbaros, había de ser el origen de futuras y cruentas luchas y empezó a prepararse y a preparar a su pueblo para ellas. Por ejemplo, los atenien- ses tenían la costumbre de repartir el producto de las minas de plata del monte Laurio, pero Temístocles les persuadió de que desistieran de tal ganancia y reservaran aquel dinero para construir galeras, que habrían de servir para la guerra contra los eginetas. Esta era

la más importante que entonces hacía Grecia, pues los eginetas eran, gracias al número de sus naves, dueños del mar. Pudo convencer a sus conciudadanos y se construyeron cien galeras con aquel dinero las cuales sirvieron después en el combate contra Jerges. No cesó Temístocles en su campaña, sino que inclinó el ánimo de sus conciudadanos hacia el mar, de manera que muy pronto y gracias a él, tuvo Grecia un aguerrido cuerpo de marinos con lo cual pudo alcanzar la supremacía marítima.

Temístocles iba adquiriendo de día en día mayor predicamento entre el pueblo y así vió crecer su influencia, de manera que cada vez pudo tomar una parte más activa en el gobierno del estado. Convenció a todos los griegos de que abandonasen sus disensiones y luchas intestinas para dedicarse solamente al bien general y a la guerra con que entonces amenazaban los medos.

En efecto, poco tardó el ejército persa en invadir Grecia entera, y pronto se vió que contra aquel torrente impetuoso no había dique

posible. Temístocles, sin embargo, lo había calculado todo y seguro de que Atenas se salvaría tras los muros de madera, trasladó a los atenienses a bordo de los buques, y desde éstos pudieron los ciudadanos ser testigos de cómo los persas asolaban su ciudad natal, incendiándola y destruyéndola.

Entonces Temístocles reunió todos los buques griegos en el estrecho de Salamina que ofrecía muy poco espacio para la flota persa. En vano fué que Euribiades, émulo de Temístocles, se opusiera al plan de éste, y llegase incluso a amenazarle con un palo, pues Temístocles, impávido, le contestó: «Pega, pero escucha». Estas palabras dejaron asombrado a Euribiades y, reflexionando mejor, comprendió la razón que asistía a su contrario, de manera que no tardó en conformarse con el plan que había ideado.

El ataque de los persas fué desordenado, molestándose mutuamente los buques en sus movimientos, en un lugar tan estrecho como el elegido por Temístocles, y las galeras griegas pudieron echarlos a pique. En vano fueron los

esfuerzos de Jerges, el rey de los persas, porque nada podía oponerse al valor de los griegos que alcanzaron una victoria completa. Jerges presenció el desastre de sus naves y por fin pudo escapar de la muerte, gracias a la barca que le prestó un pescador y por medio de la cual pudo ganar la orilla opuesta, mientras en tierra de Grecia quedaba Mardonio, que había de probar si le era favorable la suerte de las armas. Atenas fué la que alcanzó la victoria de Salamina, a la que Grecia entera quedó reconocida. Esparta colmó de honores a Tamístocles y como ya anteriormente había luchado contra los persas, quiso hacerlo de nuevo para ver si los vencía. El rey de Esparta, Pausanias, avanzó contra Mardonio, acaudillando ciento diez mil hombres del Peloponeso y así fué cómo el ejército persa se estrelló en las llanuras de Platea, contra la disciplina y el valor de que dieron muestras los griegos que acabaron con el ejército enemigo, dando también la muerte a su jefe.

Terminada la guerra, cada uno de los estados griegos levantó un monumento a los hé-

roes muertos en aquella jornada y, además, todos los años envió Grecia diputados a Platea para ofrecer sacrificios a la memoria de los que perecieron en la guerra, siendo, también los Plateos considerados inviolables y consagrados a la divinidad.

Por otra parte el mismo día en que Pausanias dió fin al ejército persa, las flotas de Atenas y Esparta acababan con la escuadra de la misma nación junto al promontorio de Micala, con lo cual quedó terminada aquella tercera guerra médica, pues así se llamaron las que los griegos empeñaron contra los medos o persas.

Estas victorias griegas infundieron el temor en Persia y su rey Jerges fué asesinado por un sátrapa, antes de que pudiera pensar en vengarse de la humillación inesperada que le produjera la tremenda derrota inferida a sus armas.

Pero esta misma victoria de los griegos estuvo a punto de dividir a Grecia en dos partidos y más tarde fué la causa de la guerra que sostuvieron los estados que acababan de salvar la patria. La lucha contra los persas,

después de aumentar la importancia de Atenas y de Esparta, acrecentó también sus fuerzas y su poderío ; mas aunque éste fué el resultado en ambos estados, el de Atenas alcanzó aun mayor poder, de manera que dejó adivinar sus intenciones de ejercer su dominio sobre la Grecia entera.

Parecióle poco restaurar y reedificar la ciudad incendiada en parte y adornarla con los despojos de los persas, de manera que quiso fortificarla de tal suerte que en adelante estuviese a cubierto de todo ataque, mas como quiera que eso despertara los recelos de las demás ciudades, todas ellas prohibieron a los atenienses la continuación de tales trabajos de defensa.

Sin embargo, Temístocles que era tan valeroso como astuto, hizo esfuerzos por engañarlos a todos ; de modo que mientras su elocuencia calmaba en Esparta los temores del senado, los atenienses se aprovecharon para trabajar día y noche en sus obras de defensa, y así cuando los espartanos se dieron cuenta de la falsedad y del engaño de Temístocles,

la ciudadela del Pireo estaba ya unida a Atenas y cercada de sólidas murallas. Resultaba, pues, imposible impedir lo hecho.

Mas Esparta, irritada contra Temístocles, supo sacar partido del veleidoso carácter de Atenas, hasta lograr que esta ciudad, siempre ingrata, obligara a su general a refugiarse en Persia, en donde su rey le acogió con bondad y le señaló las rentas de cinco ciudades para atender a su subsistencia y la de su familia.

Tranquilo vivía en Magnesia cuando se sublevó el Egipto ayudado por los griegos, y el rey persa mandó aviso a Temístocles para que se dispusiera a combatir contra sus compatriotas. Temístocles no se vió con fuerzas para ello y deseoso, por parte, de acabar la vida con una muerte digna, tomó un veneno y expiró.

Tal resolución admiró y asombró al rey persa, quien, en adelante, se esforzó en tratar lo mejor que pudo a los parientes del gran Temístocles, a fin de que no padeciesen ninguna privación, y ordenó edificar una magnífica tumba en Magnesia en honor del héroe griego,

IV

LICURGO

Este famoso legislador espartano heredó el reino a la muerte de su hermano mayor, aunque, desde el primer momento, anunció su intención de abdicar en favor del hijo del difunto que estaba a punto de nacer, en caso de que fuese varón. Su cuñada, es decir, la futura madre, que era una mala mujer, comunicó al rey Licurgo que si quería casarse con ella, haría de manera que el infante no llegase a este mundo, pero Licurgo, asustado al oír tan infame propósito, quiso evitarlo por medio de un engaño y así contestó que él cuidaría de quitar la vida al pequeñuelo, de manera que su madre no había de preocuparse por ello.



—He aquí un nuevo rey, que ha nacido...

Hecho esto hizo vigilar a la mala mujer, para que no tuviese la ocasión de cometer el asesinato propuesto, y en cuanto nació un niño, hizo que se lo presentasen a él, sin la menor demora, a fin de impedir que le quitasen la vida.

Una noche, mientras estaba cenando en compañía de algunos dignatarios, entraron sus servidores y en sus manos dejaron al recién nacido príncipe. Licurgo, muy satisfecho, se levantó del sillón real que ocupaba y dirigiéndose a sus compañeros de mesa les dijo:

—He aquí un nuevo rey que ha nacido, señores.

Le dió el nombre de Carilaos y lo hizo proclamar rey y educar conforme requería su alcurnia. Luego abandonó el trono y deseoso de estudiar las mejores leyes del mundo civilizado de entonces, recorrió infinitos países, observando sus costumbres y tomando nota de todos aquellos preceptos legales que, a su juicio, eran sabios y convenientes. De esta manera y completándolo con sus propias observaciones, pudo formar un código legal para

su pueblo, que tan grande lo hizo que resistió al embate de las pasiones y el contagio de todos los demás estados griegos.

Una vez de regreso en su patria empezó a hacer hábiles tentativas para implantar las beneficiosas leyes que pudo estudiar en otras partes o idear en beneficio de Esparta, y auxiliado por algunos amigos que abrazaron sus ideas paulatinamente fué dictando sus preceptos legales, que el pueblo adoptó al fin y observó con la mayor exactitud.

Como ante todo deseaba que su pueblo conservase el valor guerrero de los conquistadores de quienes descendía, quiso que todos los ciudadanos tuviesen una robustez física indomable y a ese fin se encaminaron las leyes que se ocupaban de su educación. Impuso la muerte de todos los niños que naciesen endebles o raquíticos, para que solamente gozaran de la vida los que estuviesen en condiciones de llegar a ser hombres fuertes. A los niños mayores los acostumbraba a estar a obscuras y solos, con el fin de que desconociesen el miedo. Les daba muy poco de comer y aun cosas ordina-

rias y poco sabrosas, de manera que la calidad de los alimentos fuese cosa indiferente para ellos y luego les hacía soportar toda clase de privaciones, fatigas y dolores, el calor y el frío, y así lograba hacerlos insensibles en absoluto a todos los males de la vida. De esta manera hacía que los espartanos se endureciesen de un modo extremado y que, comparados con ellos, todos los demás pueblos fuesen como niños incapaces de soportar la más pequeña incomodidad.

Mas por si eso fuese poco, téngase en cuenta que quien se quejara de algún malestar o incomodidad quedaba deshonrado ante los ojos de sus conciudadanos. De este modo se comprende que un joven que había hurtado una raposa y que la escondió en su seno, soportara insensible los mordiscos y arañazos del animal, hasta que perdió la vida, y ello sin que su rostro hubiese dado la más leve señal de los sufrimientos que sin duda debió de experimentar.

Acostumbrábase también a los muchachos a que hurtasen la comida que necesitaban y si

eran sorprendidos infraganti se les castigaba con azotes. Como es natural, esta incertidumbre acerca de lo que habían de comer los hacía aun más sufridos y el disimulo y astucia de que habían de valerse para satisfacer sus necesidades, eran condiciones qu habían de resultar inapreciables en caso de guerra.

Las muchachas recibían una educación parecida y estaban obligadas a dedicarse a los ejercicios físicos, con objeto de robustecer su cuerpo y ser capaces de tener hijos sanos y vigorosos. Además, eran las censoras de los muchachos, y éstos, avergonzados por las pullas que pudiesen dirigirles las jóvenes, se esforzaban en no merecerlas.

Con objeto de impedir la avaricia, la codicia y el amor de la riqueza que son causa de numerosos males, se anuló la moneda de oro y plata y se creó, en cambio, la de hierro, pues como el valor de ésta era mucho menor, para que llegase a representar una cantidad regular nada más, había de pesar mucho y se hacía de manejo difícil e incómodo. También se repartieron las tierras entre todos los ciudadanos,

a fin de que no hubiese pobres y opulentos ; estaban prohibidos todos los objetos de lujo y hasta los mismos reyes y magnates asistían a los banquetes comunes, que no resultaban agradables ni por su cantidad ni por su calidad.

Así como las leyes de Licurgo cuidaban en extremo de la educación física, la moral no le merecía la misma atención. En Esparta no se consideraba casi posible otro afecto que el amor a la patria y se ensalzaba la insensibilidad absoluta como colmo del heroísmo. Tendíase a destruir el amor entre los individuos de la familia y, en una palabra, toda la educación del individuo solamente tendía a la defensa de la patria en peligro y al olvido absoluto del dolor, del hambre o de las incomodidades.

En cambio las leyes políticas de Licurgo merecían justos elogios porque pusieron a cubierto al estado de las revueltas que en aquel tiempo tanto hacían sufrir a otras naciones. En virtud de estas leyes, Esparta vino a ser una especie de república, pues sus reyes no eran

más que los presidentes de un senado de 28 ancianos, los cuales eran, en realidad los que llevaban el peso del gobierno. Pero aun este senado tenía una autoridad superior, la de los cinco éforos, más poderosos que los reyes y los que verdaderamente reinaban, ya que sus sentencias sólo podían apelarse ante el oráculo de Delfos.

Una vez terminada la promulgación de estas leyes, que, en conjunto, pueden calificarse de muy sabias y desde luego superiores a cuantas se conocían entonces en el mundo, Licurgo contempló su obra y le pareció buena. No contento con eso fué a consultar al oráculo de Delfos y habiendo recibido de éste la respuesta de que sus leyes eran buenas, quiso asegurar su cumplimiento durante largo tiempo.

Al efecto reunió a los ciudadanos y les hizo jurar solemnemente que seguirían observando las leyes dictadas, mientras durase su ausencia y que sólo en el caso de volver podrían apartarse de ellas. Los espartanos le prestaron este juramento y entonces Licurgo se expatrió voluntariamente, bien decidido a no regresar a su

país. Y por si esto fuese poco, al sentirse en trance de muerte ordenó que sus restos fuesen arrojados al mar, con objeto de que al ver su cadáver no se creyeran los espartanos libres del solemne juramento que habían prestado.

V

PUBLIO VALERIO PUBLICOLA

Este patricio llamábase, en realidad, Publio Valerio, de manera que el nombre de Publicola se lo dieron los romanos según veremos luego. Descendía de uno de los varones que en los antiguos tiempos consiguió la unión de los romanos y de los sabinos, gozaba Publio Valerio de la estimación general, tanto por su elocuencia como por su riqueza, dones que usaba convenientemente en la defensa de los oprimidos y en socorro de los pobres, de tal manera que nadie dudaba de que si el reino se convertía en república, él llegaría a ser uno de los primeros hombres de ella.

En efecto el rey Tarquino, llamado el So-

berbio, había subido al trono apelando a la violencia y al engaño, y una vez en él se portó como tirano, de modo que se hizo en extremo odioso a todo el mundo y la ciudad se rebeló contra él. Lucio Bruto, alma de la rebelión fué en busca de Publio Valerio, quien le ayudó con todas sus fuerzas a destronar al tirano Tarquino.

Figurándose Publio Valerio que el pueblo romano querría elegir a un solo capitán como jefe del estado y en lugar del rey caído, no tuvo inconveniente en que fuese nombrado Bruto, como principal autor del destronamiento, mas cuando creyó que nombrarían dos cónsules, tuvo la esperanza de ser elegido él, además de Bruto. Pero en eso se engañó, porque aun contra la voluntad del mismo Bruto, fué elegido cónsul Tarquino Colatino, no porque lo mereciesen sus cualidades, sino para que, como perteneciente a la familia del rey destronado, dejara de conspirar contra la república.

Eso disgustó mucho a Publio Valerio que, en adelante, se retrajo del cuidado de la cosa

pública y hasta se abstuvo de acudir al senado, de manera que todos llegaron a temer que se aliase con el destronado rey. Por eso el día en que Bruto hizo jurar a los senadores su fidelidad a la causa de la república, vió, con el mayor gusto, que Publio Valerio fuese uno de los primeros en prestar juramento y en prometer que se opondría con todas sus fuerzas al regreso del tirano.

Mientras tanto éste mandó embajadores a la república para solicitar que se le devolviesen sus bienes, a fin de poder subsistir en el destierro. El senado, al principio, se opuso a esta devolución, temiendo que aquellas riquezas sirviesen para hacer la guerra a Roma, mas al fin consintió en lo solicitado por el desterrado monarca y permitió que sus embajadores se ocupasen en la realización de sus propiedades. Ahora bien, lo que menos importaba a Tarquino era recobrar sus riquezas ; su objeto, al mandar los embajadores a Roma, fué el de que procuraran la adhesión de las principales familias a su causa. En efecto lo lograron y, lo que es más, obligados por algunos parien-

tes, dos hijos del propio Bruto entraron a formar parte de la conspiración. Los conjurados fueron a reunirse un día en una habitación reservada de la casa de uno de ellos y allí resolvieron la muerte de los dos cónsules, sin que a ello pudieran oponerse los hijos de Bruto. Pero el caso es que antes de penetrar los conjurados en aquella estancia, hallábase en ella un criado, llamado Vindex, quien, comprendiendo que no podría salir sin ser visto, tuvo, por fuerza, que asistir, escondido, al conciliábulo, y así se enteró de los proyectos de los partidarios del rey Tarquino. Escribieron unas cartas a éste, dándole cuenta de lo acordado y en cuanto hubieron abandonado la estancia, se quedó el pobre Vindex sin saber qué hacer, pues le parecía muy duro ir a acusar a unos muchachos a su propio padre. Por eso, después de reflexionar mucho, resolvió presentarse a Publio Valerio, con objeto de darle cuenta de lo que sucedía.

Espantóse el senador al conocer la conjura, encerró al criado en su casa y seguido de sus amigos y de la multitud de personas que so-

lían acompañarle, se encaminó a casa de unos de los conjurados, en donde se alojaban los embajadores de Tarquino y halló, efectivamente, las cartas en las habitaciones de éstos. Al enterarse los conjurados de lo sucedido, quisieron quitarle aquellos documentos, pero el senador y sus amigos lo impidieron fácilmente y aun se apoderaron de ellos, prendiéndoles. Luego se dirigió al palacio del rey Tarquino y encontró otras cartas, envueltas en trapos viejos, y se apoderó de cuantos servidores del rey pudo hallar. Una vez en posesión de todas las pruebas, llamó a los senadores y, presentándoles a Vindex, obligó a éste a repetir su acusación que él corroboró por medio de las cartas que habían caído en su poder.

Todos los senadores se quedaron con la cabeza inclinada al suelo, sin saber qué decir. Luego, algunos, deseosos de facilitar a Bruto el terrible cumplimiento de su deber, dijeron que, a su juicio, convenía desterrar a los conjurados. Mas Bruto, levantando, de pronto, la cabeza, llamó por sus nombres a sus propios hijos y, por tres veces, les excitó a que res-

pondiesen a los cargos que acababan de hacerse contra ellos. Y en vista de que los jóvenes seguían guardando silencio, Bruto se volvió a los ejecutores de la justicia y les dijo: «A vosotros os toca ahora obrar. Cumplid con vuestro deber». En cuanto hubo pronunciado estas palabras, los ejecutores de la justicia se arrojaron sobre los jóvenes y les arrancaron el traje, les ataron las manos a la espalda y luego los azotaron. Tal espectáculo llenó de horror a los asistentes, que volvían los ojos para no presenciar la horrible escena, mas se asegura que Bruto no desvió la mirada, ni mostró la menor compasión por el castigo a que se sometía a sus hijos, hasta que, por fin, éstos quedaron tendidos en el suelo y los decapitaron con una hacha. En cuanto se hubo cumplido esta horrible ejecución, Bruto se retiró para que su colega cuidase del castigo de los demás conjurados.

En cuanto se alejó Bruto, todos se quedaron horrorizados por lo que acababan de presenciar y no supieron si censurar al padre que, de tal manera, había castigado a sus propios

hijos o celebrar al patriota que, por encima de sus sentimientos más intensos, ponía el cumplimiento de su deber. Lo cierto fué que tal proceder era una excelencia de virtud o una violencia de la pasión, aunque cualquiera de estos sentimientos era quizás exagerado y excedía a cuanto se puede esperar de la naturaleza humana, pues caía en los límites de la divinidad o de la bestialidad.

Los demás conjurados esperaban que el cónsul Colatino no los trataría con tanto rigor. Empezaron pidiendo tiempo para contestar a los cargos que se les hacían y también la devolución de su esclavo Vindex. Propicio estaba el cónsul a concedérselo, pero Publio Valerio contestó que no entregaría al esclavo Vindex y que se oponía a que el cónsul, para complacer a las mujeres de su familia, se dispusiera a dejar en libertad a los que habían atentado contra la seguridad de la república, y eso después del ejemplo que acababa de dar Bruto.

Irritóse el cónsul y mandó a sus soldados que se apoderasen de Vindex. Los mandados

fueron a cumplir la orden, mas se opuso todo el mundo a entregar al esclavo y empezaron a llamar a gritos a Bruto. Este, enterado de lo que ocurría, no tardó en presentarse. Una vez se hubo hecho el silencio, dijo que él había sido el juez para condenar a sus propios hijos, pero que a los demás conjurados había de juzgarlos el pueblo. Tomóse entonces el voto de los asistentes y los conspiradores fueron también condenados.

El cónsul Colatino, como perteneciente a la familia del rey Tarquino, se había hecho ya sospechoso y en vista de que podrían depocerlo, él mismo renunció a su elevado cargo y salió de Roma. Entonces y cuando se trató de darle un sucesor, ya no hubo ningún inconveniente en que lo fuese Publio Valerio, aunque sólo fuese en recompensa del celo y de la diligencia de que diera muestras en aquel asunto. El, por su parte, considerando que el esclavo Vindex merecía, también, alguna recompensa, le hizo dar la libertad por el pueblo y, además, el derecho de burguesía, siendo el primer esclavo que alcanzó la liber-

tad y, además, el título de ciudadano romano.

Después se hizo entrega al pillaje de los bienes del rey Tarquino y se arrasó su palacio. Entre las propiedades del soberano figuraban una buena parte del campo de Marte. Se ordenó que allí no se cultivara cosa alguna, sino que fuese para siempre más consagrado al dios Marte. Y lo curioso del caso es que los tallos del trigo y toda la restante vegetación que se arrancó de aquel campo, fueron arrojados al río. Aquella masa vegetal siguió corriente abajo, hasta que llegó a un punto en que las aguas tenían muy poca profundidad, en donde se detuvieron. El fango del río se mezcló con aquella masa, formó un conglomerado en extremo sólido, que iba creciendo y ganando en resistencia por momentos, hasta que, por fin, se formó un islote, conocido en aquellos tiempos con el nombre de Isla Sagrada, y hoy con el de Isla de San Bartolomé.

Mientras tanto Tarquino, ya perdida toda la esperanza de poder volver a su reino, retiróse entre los toscanos, quienes lo recibieron muy bien y reunieron un grande ejército para



...decididos a empuñar mortal combate...

intentar ponerle de nuevo sobre el trono. Los cónsules romanos se apercibieron, a su vez, para el combate y acudieron con un poderoso ejército. Empeñóse la lucha y apenas habían empezado las hostilidades, cuando se divisaron Bruto, el cónsul romano, y Aruns, uno de los hijos de Tarquino. Dirigiéronse uno a otro, decididos a empeñar mortal combate, llevados del odio que se tenían y con tanta saña lo hicieron, que ambos quedaron muertos sobre el terreno. Mientras tanto proseguía la lucha de los dos ejércitos, sin que la victoria se inclinase en favor de ninguno de ellos y al fin sobrevino una terrible tempestad, que les obligó a cesar en la pelea, de manera que el cónsul Publio Valerio no sabía, realmente, quien había alcanzado la victoria de aquella jornada, ya que sus hombres estaban tan desanimados por el número de sus muertos, como entusiasmados por las bajas que habían causado en los contrarios.

Llegada la noche, mientras ambos ejércitos estaban acampados en el lugar que, respectivamente, ocupaban, oyóse una voz poderosa

sobre el campamento, afirmando que el número de los toscanos muertos en la batalla, aventajaba al de los romanos en un solo soldado. Esta voz divina, pues había de creerse que lo era, enardeció a los romanos, que empezaron a gritar entusiasmados, pero los toscanos, en cambio, cobraron tal temor, que la mayor parte emprendió la fuga y se diseminaron por doquier. Entonces los romanos fueron para coger prisioneros a los cinco mil toscanos que quedaban en el campamento y se hicieron dueños de cuanto hallaron en él. Más tarde se contaron los muertos y se vió que lo dicho por la voz misteriosa era cierto, puesto que había 11.300 cadáveres toscanos y la misma cantidad menos uno de los romanos.

El vencedor, o sea el cónsul Publio Valerio fué el primero en entrar en Roma sobre un carro triunfal, arrastrado por cuatro caballos, espectáculo que entusiasmó al pueblo, el cual encontró muy digno de alabanza el hecho de que Publio Valerio tributase grandes honores a Bruto, cuando se celebraron sus funerales, y

que en aquella ocasión pronunciase un discurso fúnebre en su alabanza .

Sin embargo no tardó el pueblo en censurar a Publio Valerio, al notar que éste, al revés de lo que hiciera Bruto en otra ocasión, no quería que nombrasen a otro cónsul, y así empezó a recelar de que quería ser él el sucesor del rey Tarquino y del cónsul Bruto. En efecto, Publio Valerio se hacía acompañar siempre por un magnífico cortejo y habitaba en una casa soberbia, pero enterado de las murmuraciones del pueblo, una noche hizo reunir a numerosos albañiles y les mandó destruir y arrasar su propia casa, de manera que cuando, a la mañana siguiente, se levantaron los romanos, ya no pudieron descubrirla en su lugar acostumbrado. Esto les demostró la grandeza de alma de su cónsul, quien, careciendo de domicilio, vióse obligado a albergarse en el de sus amigos, hasta que el pueblo le hubo regalado una casa no tan bella como la anterior, pero sí digna de él.

Publio Valerio se esforzó en demostrar, cuantas veces le era posible, que se conside-

raba un servidor del pueblo y así logró que éste le obedeciese de la mejor gana. Entonces es cuando le dieron el sobrenombre de «Públícola», que significaba el que honra y ama al pueblo, y por el cual le señalaremos en adelante.

Temeroso de que el cónsul que pudiera nombrar el pueblo le impidiese, por malicia o envidia, realizar las grandes mejoras que tenía en proyecto, nombró ante todo los personajes que habían de ocupar las senadurías vacantes y luego hizo leyes sumamente beneficiosas para el pueblo.

En cuanto hubo promulgado todas estas leyes, hizo elegir otro cónsul para que compartiese con él la autoridad suprema y como fuese hombre de mayor edad que él, le dió la primacia en todo. Poco tiempo después murió este cónsul y los romanos eligieron a otro, llamado Marco Horacio, quien conservó con Públícola buenas relaciones durante todo el resto de aquel año.

Sucedio que Tarquino se había retirado, mientras tanto, a la ciudad de Clusium, que

pertenecía a Pórsena, o sea al rey más poderoso de entonces, en toda Italia. Era hombre noble y bondadoso y prometió ayudar a Tarquino a que reconquistase su trono. Así, pues, ante todo mandó una embajada a Roma, para ordenar a los romanos que recibiesen a su legítimo soberano, mas como los romanos se negasen, les declaró la guerra y no tardó en presentarse a la cabeza de un poderoso ejército.

Pórsena atacó vigorosamente el monte Janículo, de manera que los soldados que lo defendían emprendieron la fuga, llevando a su espalda a los enemigos. Dándose cuenta Publícola del peligro, acudió a evitarlo y logró contener el ataque, pero no sin resultar herido. Lo mismo le ocurrió al otro cónsul, llamado Lucrecio, de manera que, desalentados, los romanos empezaron a correr de un lado a otro de la ciudad, sin saber qué hacer, y así Roma corrió gran peligro de ser tomada. Pero el joven y valeroso Horacio Cocles, acompañado de dos valientes amigos, se situaron en uno de los puentes de Roma y allí contuvie-

ron al enemigo hasta que los romanos cortaron y destruyeron el puente a su espalda. Entonces el valiente Cocles se arrojó al río y a pesar del estorbo de sus armas consiguió ganar a nado la orilla.

En cuanto Publícola se enteró de esta hazaña, persuadió a los romanos que contribuyesen cada uno de ellos con su haber de un día para entregar una buena recompensa a Horacio Cocles y además le otorgó la propiedad de tanta tierra como pudiera rodear en una jornada con el arado. Pero como el rey Pórsena continuaba el asedio de la ciudad, en ésta empezaron a escasear los víveres y, por si eso era poco, llegó otro ejército toscano que se dedicó a devastar la comarca.

Publícola, que había sido reelegido cónsul por tercera vez, comprendió que era preciso atacar al ejército de Pórsena y saliendo secretamente de Roma, le dió una batalla y lo venció, causándole más de cinco mil muertos. Y con ocasión de este hecho de armas, se ha de referir la hazaña de Mucio Scévola, y aunque varios autores la cuentan de muchos mo-

dos, nosotros lo haremos del más verosímil. Este Mucio era un hombre honrado y principalmente notable en el arte de la guerra. Deseoso de poder dar muerte a Pórsena, al enemigo de su patria, vistióse a la manera de los toscanos y como hablaba bastante bien su lengua, se acercó al trono en que el monarca daba audiencia. El no le conocía y no se atrevió a preguntar quién era, con objeto de que no descubriesen su designio. Por fin desenvainó la espada y dió muerte al que se figuró que sería el rey. En el acto lo cogieron y lo interrogaron, y como llevaran a poca distancia un fogón lleno de brasas, porque el rey quería hacer un sacrificio a los dioses, Mucio extendió su mano derecha sobre el fuego y clavó los ojos en Pórsena en tanto que su mano se cocía, pero sin demostrar, por su rostro, que sintiese el más pequeño dolor, hasta que el rey, asombrado al ver una cosa tan rara, ordenó que lo soltasen y él mismo le devolvió la espada. Mucio la tomó con la mano izquierda por cuya causa recibió el nombre de Scévola, es decir «zurdo» y al mismo tiempo dijo :

—No me habrías vencido por medio del temor, Pórsena, pero lo has logrado con tu grandeza de alma. Sin embargo, movido por el afecto que me inspiras, te diré una cosa que jamás te habría revelado a la fuerza: en tu campamento están diseminados trescientos romanos, deseosos de llevar a cabo la misma empresa que yo intente, y que no buscan más que el modo de lograrlo. La suerte me señaló a mí y por eso probé en primer lugar. De todas suertes, no lamento haber fracasado en mi deseo de dar muerte a un hombre honrado, digno de ser amigo y no enemigo de los romanos.

Pórsena le escuchó y dió fe a sus palabras, y, a partir de aquel momento, prestó oído a los que le hablaban de paz. Por su parte Publícola creyó que más valía ser amigo que enemigo de Pórsena y le dió a entender que le haría juez de las diferencias del pueblo romano con Tarquino. Emplazó a éste para que se sometiese al juicio del rey Pórsena y le dijo que le probaría su condición de hombre indigno y de rey justamente destronado. Tarquino no quiso

someterse a este juicio y Pórsena se enojó al saberlo, de manera que hizo la paz con los romanos en términos muy equitativos.

A partir de entonces, aunque Publícola no fué siempre cónsul, siguió dando sus consejos a quienes lo sucedieron en el cargo y ni por un momento dejó de ocuparse de los negocios públicos. Contribuyó a las victorias de Roma y por fin, cargado de honores y bien querido de todo el mundo, murió casi de repente. Los romanos le hicieron magníficos funerales y guardaron un recuerdo intenso de sus virtudes, de su valor y de su sabiduría.

VI

SOLON

Era hijo de Euforión y pertenecía a una de las más antiguas y nobles casas de Atenas. Como quiera que su padre perdió una gran parte de sus bienes, el joven Solón, que no quiso mendigarlos en parte alguna y que, por otra parte, consideraba que no hay trabajo indigno, se dedicó al comercio y al estudio de la filosofía y de las leyes, de tal manera que en breve tiempo alcanzó la fama de ser uno de los hombres más sabios de su tiempo. Pero, no contento con eso, tomó también parte en algunas guerras y hechos de armas, en lo que ganó justo renombre por sus hazañas, de manera que ya en el año 593 a. de J. C.,

fué nombrado arconte, o sea magistrado encargado del gobierno de Atenas.

Como ya hemos dicho, Solón se había especializado en el estudio de las leyes y una vez se vió en tan alto cargo, resolvió remediar los males de su país, y así ordenó que los deudores quedasen libres de pagar las deudas que habían contraído, con lo cual alivió la suerte del pueblo, y como compensación de esta orden mandó también que los poseedores de bienes los conservasen en su poder, lo que libró a los aristócratas del reparto con que el pueblo les amenazaba para el día en que llegase su triunfo.

De esta manera y merced a estas dos leyes consiguió afianzar el orden público y se dedicó de lleno a la reforma del Estado, para lo cual supo aprovechar hábilmente los diversos elementos que sin unidad ni trabazón alguna andaban esparcidos desde épocas pasadas. En proporción con sus respectivos haberes dividió a los ciudadanos en cuatro categorías. Los más ricos, que formaban las tres primeras, eran los únicos que podían aspirar al desempeño de destinos públicos, aunque todas las clases concu-

rrieron a las asambleas, gozando del voto deliberativo y electivo.

En dichas asambleas el pueblo procedía a elegir a los magistrados y deliberaba acerca de los asuntos de interés público, decidía la paz, y la guerra y con respecto a los impuestos, resolvía en apelación los fallos de los tribunales. Como contrapeso de esta autoridad popular se hallaban los arcontes, el senado y el aerópago. Los primeros eran en número de nueve y las leyes que redactaban quedaban sujetas a la aprobación de un senado de 400 miembros. Mas por encima de toda autoridad estaba el aerópago, que no solamente aprobaba o rechazaba las decisiones del pueblo, sino que cuidaba de contener en sus justos límites las funciones de los arcontes.

En favor de la educación hizo Solón unos reglamentos excelentes, que atendían tanto a los ejercicios del entendimiento como a los del cuerpo. Merced a ellos los jóvenes robustecían sus miembros en los gimnasios, y en las escuelas aprendían todo cuanto había de servir para el desarrollo de su mente. Se atendía a

las virtudes públicas y a las privadas y aunque el amor a la patria era el soberano, las leyes no contrariaban los afectos familiares. Las jóvenes se dedicaban al cuidado de las virtudes domésticas y no se veían obligadas, como en Esparta, a luchar en público y a atender principalmente a su vigor físico.

Solón derogó también las duras leyes de Dracón, que lo castigaban casi todo con la pena de muerte, pero no dictó pena alguna contra el homicidio ni el parricidio, porque ambos delitos eran desconocidos en Atenas. En una palabra, Solón dictó un cuerpo de leyes excelentes, sin duda las mejores que el mundo había visto hasta entonces y que deberían haber hecho felices a los atenienses, pero este pueblo, mudable y tornadizo como siempre, dió en olvidarlas, de manera que al volver Solón de uno de sus viajes, observó que ya no se cumplían sus leyes y que entre los ciudadanos habían vuelto a originarse las antiguas querellas, a pesar de los juramentos que habían prestado de observar la legislación establecida.

Mas antes de pasar adelante en nuestra na-

rración, bueno será referir lo que le ocurrió a Solón en Lidia durante la entrevista que tuvo con el rey Creso. Este, que había oído hablar de la sabiduría de Solón, lo hizo llamar y lo recibió en la ciudad de Sardes. Al sabio griego le ocurrió entonces lo mismo que a aquel habitante de tierra firme, que no había visto nunca el mar, y que a cada río que cruzaba figurábase hallarse ante el océano, porque encontró en su camino a tantos señores vestidos con extremada magnificencia y acompañados por tan brillante séquito, que a cada encuentro se figuraba hallarse ante el soberano Creso. Por fin lo llevaron a presencia de éste, quien se había hecho vestir con lo más rico que tenía, con objeto de causar una impresión profunda en el sabio.

Mas observando que el griego, al verle, no parecía maravillado de tanta pompa, quiso, a pesar de todo, deslumbrarle y así ordenó que le mostrasen sus inmensos tesoros, sus pedrerías, sus trajes y sus objetos suntuosos. Solón lo contempló todo, pero no hizo ningún comentario. En cuanto volvió a hallarse en presencia de



Solón lo contempló todo ; pero no hizo ningún comentario.

Creso, el rey le preguntó si conocía a algún hombre más feliz que él. Solón contestó que sí y que era un burgués de Atenas, llamado Tellus, que había sido hombre muy honrado, que dejó hijos queridos de todo el mundo y provistos de bienes suficientes para vivir modestamente y que, por fin, tuvo la suerte de morir gloriosamente combatiendo en defensa de su patria.

Al oír Creso esta respuesta, empezó a creer que Solón era un pobre loco o que carecía del buen juicio necesario para poder medir la dicha de este mundo, pero siguió preguntándole si había conocido a alguien más dichoso aún que Tellus. Entonces Solón le replicó que había conocido a Cleobis y a Biton, que eran hermanos, que se querían en extremo y amaban a su madre sobre toda ponderación. Un día de fiesta solemne en que la dama debía ir al templo de Juno, en su carro arrastrado por bueyes, en vista de que éstos tardaban, los dos hermanos se uncieron voluntariamente al carro de su madre y la llevaron al templo. La madre tuvo una gran alegría y todo el mun-

do la reputó feliz en extremo, por haber tenido tales hijos ; luego, una vez hubo sacrificado a la diosa y participado del festín del sacrificio, la madre y los hijos fueron a acostarse ; pero los hermanos no se levantaron ya a la mañana siguiente, pues los hallaron muertos sin haber sufrido mal o dolor alguno, después de haber sido objeto de tanta gloria y de recibir tales honores.

Creso se irritó al oír estas palabras y preguntó en qué hacía consistir la felicidad. Solón, que no quería enojarle más, le contestó que no tenía la costumbre de llamar feliz a un hombre mientras estuviese vivo, porque los dioses podían cambiar la suerte del modo más inesperado. Dicho esto se alejó, después de haber ofendido, pero no corregido al rey Creso.

Sin embargo, cuando éste hubo perdido la batalla contra Ciro, rey de Persia y se vió prisionero y ya sobre una pira en la que había de perder la vida ante todos los persas, recordó las palabras del sabio griego y por tres veces exclamó a gritos : «¡ Oh, Solón !» A Ciro le extrañaron estas exclamaciones y mandó pre-

guntar la causa, a fin de saber si el condenado invocaba a un hombre o a un dios.

Creso no le ocultó nada y le refirió punto por punto lo que dijo el sabio filósofo, que se negó a llamarle feliz antes de que acabara su vida. Como Ciro era más prudente que Creso, entendió perfectamente las razones que movieran a Solón a hablarle de aquel modo y no sólo perdonó la vida a Creso, sino que le honró durante toda su vida y le hizo honrar por su hijo Cambises.

Pero, volvamos a hablar de lo que ocurrió en Atenas, Pisistrato había conquistado la simpatía del pueblo y gracias a sus artimañas consiguió hacerse coronar rey. Solón, sin asustarse por los manejos del atrevido, acudía todos los días a la plaza a concitar al pueblo contra el usurpador, pero nadie le hacía caso y como algunos le preguntasen por la razón de su valor les contestó que le animaba «la vejez».

Pisistrato logró afirmarse en el trono de Atenas y aun hacer la monarquía hereditaria, que legó a sus hijos. Pero una vez rey se mostró digno de gobernar su patria, pues mantuvo las

leyes de Solón, fué protector de las leyes y de las artes y aumentó la instrucción pública.

En cuanto a Solón, ya muy anciano, dejó de ocuparse de los negocios públicos y se entregó de nuevo a la poesía, pero su vida no se prolongó ya mucho, pues se dice que murió dos años después de haber conquistado el trono Pisistrato.

VII

CAYO MARCIO CORIOLANO

Descendía de una antiquísima familia romana y habiéndose quedado huérfano de padre en edad muy temprana, fué criado por su madre, con tal acierto, que cultivó en el joven Cayo Marcio todas las virtudes que ya naturalmente poseía. Este, especialmente, sentía la mayor afición por las armas y así, desde edad muy temprana, empezó a manejarlas y a cultivar de tal manera el vigor y la resistencia de su cuerpo, que no tardó en sobresalir entre los varones más afamados.

Muy joven aún, tomó parte en la guerra que empenó la república romana contra el destronado rey Tarquino el Soberbio. Ocurrió que en

leyes de Solón, fué protector de las leyes y de las artes y aumentó la instrucción pública.

En cuanto a Solón, ya muy anciano, dejó de ocuparse de los negocios públicos y se entregó de nuevo a la poesía, pero su vida no se prolongó ya mucho, pues se dice que murió dos años después de haber conquistado el trono Pisistrato.

VII

CAYO MARCIO CORIOLANO

Descendía de una antiquísima familia romana y habiéndose quedado huérfano de padre en edad muy temprana, fué criado por su madre, con tal acierto, que cultivó en el joven Cayo Marcio todas las virtudes que ya naturalmente poseía. Este, especialmente, sentía la mayor afición por las armas y así, desde edad muy temprana, empezó a manejarlas y a cultivar de tal manera el vigor y la resistencia de su cuerpo, que no tardó en sobresalir entre los varones más afamados.

Muy joven aún, tomó parte en la guerra que empeñó la república romana contra el destronado rey Tarquino el Soberbio. Ocurrió que en

lo más fuerte de la pelea cayó un romano a los pies del joven y éste, lejos de abandonarle, se puso delante de él y lo amparó con su propio cuerpo, matando, además, al enemigo que se arrojaba contra él. Terminada que fué la batalla, el dictador romano no olvidó tan heroico acto y le recompensó, poniéndole sobre las sienes una corona de roble. Este premio estimuló al joven su deseo de obtener otros y como quiera que en aquella época dieran los romanos numerosas batallas, Marcio tomó parte en todas ellas y ni en una sola dejó de distinguirse por su valor o de ser recompensado por sus hazañas. Como se comprende, su madre estaba orgullosa de tal hijo y esta satisfacción era la mayor recompensa que pudiera ambicionar el joven guerrero, que a la vuelta de todas sus batallas era recibido por su madre con lágrimas de alegría. Y era tanto lo que la quería, que aun después de haber tomado esposa y de tener varios hijos, no se separó nunca de aquella a quien debía el ser.

Así fué creciendo la popularidad de Cayo Marcio, quien llegó a ocupar altos cargos en

la república. Ocurrió por entonces que el pueblo de Roma, agobiado por las deudas y resentido de que los usureros los redujeran a la esclavitud cuando dejaban de pagarlas, contra las promesas que el Senado les había hecho a cambio de que defendiesen la república empuñando las armas, resentido el pueblo, repetimos, empezaron todos a rebelarse contra aquel estado de cosas y a anunciar que no volverían a ayudar a la patria en las guerras que pudiese tener si antes no se les hacía justicia.

Enterados de eso los enemigos de Roma empezaron a llevar la guerra por el territorio, incendiando y pillando cuanto hallaban al paso. El senado llamó al pueblo a las armas, pero nadie obedeció el mandato. En vista de ello se reunió el Senado para deliberar, pero viendo que pasaban los días sin que tomaran ningún acuerdo, el pueblo salió de Roma y fué a establecerse en un lugar que luego se llamó Monte Sagrado, sin hacer daño a nadie, aunque diciendo a voces que la avaricia de los ricos les había obligado a salir de la ciudad

y que no dejarían de hallar en Italia aire, agua y tierra para que los sepultara.

Muchos senadores, entre ellos Cayo Marcio, estaban contra el pueblo, no porque creyeran injustas sus demandas, sino por el quebranto que la concesión había de hacer al principio de autoridad, mas por fin el Senado mandó a unos diputados a parlamentar con el pueblo, dándole a entender que él mismo se buscaría su pérdida si abandonaba la protección de sus señores. Además, les prometieron nombrar cinco magistrados pertenecientes al pueblo y eso convenció a todos de la conveniencia de deponer su actitud de rebeldía.

Satisfechos así, empuñaron las armas y la concordia volvió a reinar entre todos. Estaba Roma, entonces, en guerra con el pueblo de los volscos, dueños de una importante ciudad, llamada Corioles, que el cónsul Cominio se disponía a sitiar. Los demás volscos, temiendo que sucumbiese la ciudad, acudieron de todos lados a socorrerla, proponiéndose dar la batalla a los romanos ante ella, a fin de atacarlos por dos lados. Al saberlo Cominio,

dividió también su ejército en dos y con una parte se fué al encuentro de los volscos que se acercaban, dejando en el campamento a la otra mitad para contener a los que quisieran salir de la ciudad, al mando de Tito Larcio, uno de los romanos más valerosos que por entonces existían.

Los habitantes de Corioles, haciendo poco caso de los enemigos que tenían delante, intentaron una salida, en la que, al principio alcanzaron el éxito, pues lograron hacer retroceder a los romanos hasta el fuerte de su campamento, en donde se hallaba Marcio. Este, saliendo con algunos de sus hombres, destruyó a los primeros enemigos, y llamando a voces a los soldados romanos, intentó hacerlos volver al combate. Muchos acudieron a su llamada y asustándose los volscos retrocedieron, pero no contento Marcio con esto empezó a perseguirles hasta las puertas de la ciudad. Viendo entonces que los romanos no se atrevían a seguir adelante, a causa de las numerosas bajas que les hacían desde las murallas, les gritó que la fortuna había abierto las puer-

tas lo mismo para los fugitivos que para ellos mismos y ordenó que le siguiesen. Dicho esto penetró en la ciudad, entre los fugitivos, sin que nadie se atreviese a resistirle. Vióse muy en breve rodeado de enemigos y tales fueron las proezas que llevó a cabo, que por fin logró sembrar el terror entre los volscos, dando tiempo a que Tito Larcio, que estaba fuera de las murallas, hiciera penetrar los refuerzos que habían de poner en seguridad a los romanos que se hallaban dentro.

Así fué tomada la ciudad, pero muchos soldados, olvidando la lucha, abandonaron a sus jefes para entregarse al pillaje. Marcio empezó a reconvenirles por ello, mas en vista de que nadie le hacía caso, salió de la ciudad, acompañado por algunos leales y fué a presentarse al cónsul, para darle cuenta de lo sucedido.

Los soldados que acompañaban a este último, al ver a Marcio cubierto de sangre, temieron que fuese uno de los pocos supervivientes de la acción y que los romanos hubieran sido derrotados ante la ciudad, pero cuando vieron que el cónsul lo besaba y lo abrazaba, com-



...abandonaron a sus jefes para entregarse al pillaje.

prendieron la verdad y, llenos de ardimiento, se manifestaron dispuestos a dar el ataque contra los volscos que no se hubiesen rendido todavía.

Marcio, entonces, pidió al cónsul que le diera el mando de los soldados más valientes y le señalara el lugar de más peligro y una vez se lo hubieron concedido, llevó a sus hombres ante el enemigo que le recibió valerosamente, de manera que los romanos tuvieron que hacer extraordinarios esfuerzos para lograr la victoria. Mas todo tuvo que ceder ante su ardimiento y los volscos quedaron derrotados en toda la línea.

A la mañana siguiente el cónsul reunió al ejército romano y después de haber dado las gracias a los dioses por la victoria alcanzada, exaltó el valor y el heroísmo de que Marcio había dado pruebas, otorgándole, al mismo tiempo, una parte considerable del botín. Pero el joven Marcio se negó a recibir más de la que pudiera corresponderle, diciendo que había combatido como romano y no como mercenario que espera recompensas o una soldada,

pero que, en cambio, pedía la vida y la libertad de un amigo suyo, que figuraba en las huestes vencidas de los volscos.

El cónsul, admirado por tanta grandeza de alma, dijo que a cambio del botín que Marcio rechazaba, quería otorgarle otro don y era que, en adelante, fuese conocido con el nombre de Coriolano, en recuerdo de las hazañas realizadas ante la ciudad de Corioles.

Por aquella época Roma no se ocupaba casi de nada más que de sus guerras y la agricultura estaba abandonada, de lo cual resultaba que los víveres alcanzaban precios muy altos, lo que suscitaba el descontento del pueblo. Un día se presentaron los embajadores de la ciudad de Velitres, ofreciendo su ciudad al pueblo romano, pues había sido tan castigada por la peste, que apenas quedaba la décima parte de los habitantes que solía tener.

El Senado vió en esta oferta el medio de librarse de los descontentos y de disminuir el número excesivo de los ciudadanos romanos. Hicieron, pues, una lista de los que habían de ir a poblar aquella nueva colonia y luego for-

maron un ejército para combatir a los volscos, esperando que, de esta manera, cesarían todas las quejas de los ciudadanos. Pero Scinio y Bruto, dos jefes de las multitudes, se opusieron a este proyecto, diciendo públicamente que al obrar así los nobles cometían el más negro de los crímenes, pues con la excusa de fundar una colonia enviaban a los pobres ciudadanos a un lugar infestado y pestilente, lleno de cadáveres insepultos y a vivir al amparo de un dios extranjero, que de tal manera había perseguido a sus adoradores. Y por si fuera poco hacer morir a unos ciudadanos de la peste, todavía suscitaban una guerra voluntaria, para que el pueblo romano no quedara libre de ningún mal ni de ninguna calamidad, con tal de que los ricos pudiesen gozar tranquilamente de sus riquezas.

El pueblo, al oír tales discursos, no quiso comparecer a la llamada para formar parte del ejército ni para dirigirse a la ciudad de Velitres, de tal manera que el Senado no sabía qué hacer. Pero Cayó Marcio Coriolano, que gozaba ya de gran reputación y era hombre de

gran corazón, quiso resistir abiertamente a los que de tal manera lisonjeaban al pueblo. Se obligó con fuertes multas a obedecer a los que habían de pasar a Velitres, pero nadie quería saber una palabra de la guerra. Entonces Marcio tomó a sus criados y a cuantos pudo inducir con buenas palabras a que le siguiesen, y con ellos fué a dar una correría por el pueblo de los Anciates en donde encontró grandes cantidades de trigo y conquistó, además, gran botín en ganados y en prisioneros, aunque no retuvo nada para sí. Luego devolvió sanos y salvos a Roma a cuantos le habían seguido, todos ricos y cargados de botín, de manera que pronto se arrepintieron los que se habían negado a acompañarle.

Poco tiempo después quedó vacante el consulado y Cayo Marcio pretendió el cargo. Mostró al pueblo las heridas que había recibido en las guerras durante diecisiete años y todo parecía marchar a pedir de boca, pues había grandes probabilidades de que fuese elegido, pero el día en que habían de nombrarse los dos cónsules, el pueblo creyó que haría mal dando

esta dignidad a un hombre como Coriolano, partidario de los nobles y así eligió a otros dos candidatos.

El senado se disgustó en gran manera y consideró que a él se había hecho la ofensa, pero aún más todavía se irritó el mismo Marcio, que era hombre algo violento y carecía de la gravedad y de la frialdad que necesitan los jefes de los pueblos, y en extremo airado se retiró a su casa, seguido por los más nobles de la ciudad que tenían costumbre de acompañarle y aun contribuyeron a aumentar su enojo contra el pueblo, que de tal manera olvidaba los sacrificios y los peligros en que Marcio se había aventurado por su causa.

Ocurrió que por aquel entonces llegaron a Roma grandes cantidades de trigo, alguno comprado en Italia y el resto regalado por Gelón, tirano de Siracusa. El Senado se proponía vender muy barato el trigo comprado y regalar al pueblo el procedente de Siracusa, pero se levantó a hablar Marcio, diciendo que eso era comprar de una manera baja e indigna los favores populares y aconsejó que se reprimieran

con mano firme las rebeliones del pueblo, para que éste se viese obligado a cumplir siempre sus deberes y obedecer la autoridad consagrada. Los ricos senadores se entusiasmaron al oír su discurso y dijeron que era el único en la ciudad que jamás se doblegaba. En vano fué que se opusieran los ancianos, que, como más prudentes, temían que tanta severidad tuviera mal resultado y en efecto estuvieron en lo cierto, porque los tribunos del pueblo fueron a repetir a éste las palabras de Marcio y estalló una rebelión que a punto estuvo de terminar mal. Los senadores, temerosos, cargaron a Marcio con el peso de la responsabilidad y éste recibió la orden de presentarse al pueblo para responder de sus reconvenciones.

Marcio rechazó, indignado, a los oficiales que transmitieron la orden y en vista de ello fueron a prenderlo por fuerza, pero los amigos de Marcio y éste mismo los rechazaron fácilmente. La noche terminó la algarada, pero a la mañana siguiente, viendo los cónsules que el pueblo andaba revuelto, temieron que la cosa acabara mal y, reuniendo al senado, reco-

mendaron apaciguar al pueblo con buenas palabras y por medio de algunos decretos en su favor. La mayor parte creyeron acertado el consejo y salieron a apaciguar al pueblo, asegurándole que no tendrían queja del precio a que se les vendiese el trigo. Sin embargo, los tribunos populares exigieron que Marcio se presentase para justificarse de sus palabras y pedir excusas por haberse resistido a la autoridad que intentaba prenderle.

Al saberlo Marcio se apresuró a presentarse al pueblo, pero lejos de pronunciar las palabras humildes que todos esperaban, les hizo oír un discurso más altanero que los anteriores y manifestó un desprecio tal por el pueblo, que éste no quiso sufrir por más tiempo sus palabras. Entonces uno de los tribunos conferenció brevemente con sus compañeros y anunció que habían condenado a muerte a Marcio y ordenó a los ediles que se apoderasen de su persona, a fin de llevarlo al castillo de la roca Tarpeya y despeñarlo desde aquella altura.

Cuando los ediles fueron a poner mano so-

bre Marcio, éste y sus compañeros se resistieron y los nobles encerraron a su amigo entre ellos y no consintieron que le prendiesen. La situación era tirante a más no poder y todos comprendieron que si la cosa seguía adelante habría allí una mortandad. Por fin después de muchos ruegos de una parte y de otra, se logró que el pueblo se aviniese a juzgar debidamente a Marcio y los representantes de aquél consintieron en ello y fijaron la fecha para de allí a tres días.

Vino el día del juicio y el pueblo acusó a Marcio de haber querido aspirar a la tiranía y de no haber entregado al fondo común la parte que le correspondía del botín que conquistó a los Aciates, y por fin pronunciaron contra él la sentencia de destierro perpetuo, lo cual causó viva contrariedad al Senado, que se arrepentía ya de haber entregado a uno de sus miembros para que le juzgase el pueblo.

Marcio fué a despedirse de su madre y de su esposa y sin llevarse cosa alguna, seguido tan sólo de tres o cuatro amigos, se alejó de Roma, bien resuelto a vengarse de los romanos. Pro-

púsose suscitar alguna guerra y se acordó en primer lugar de los volscos, que estaban lejos de haber sido aniquilados en los anteriores encuentros con los romanos.

Recordó entre los volscos a Tullus Aufidio, que le odiaba y con quien, en varias ocasiones había querido medir sus armas, sin haberlo logrado jamás. Se disfrazó convenientemente y seguro de que nadie sería capaz de reconocerle, se encaminó a su casa y, sin decir palabra, fué a sentarse en el hogar. Acudió Tullus a ver quién era el extranjero y entonces Marcio se descubrió a él y le dijo que por toda recompensa por el mal que había causado a los volscos y por el bien que trajo a la república romana, no había obtenido más que el destierro perpetuo. Ofrecióle además, abrazar la causa de los volscos con mayor empeño que la de los mismos romanos y Tullus, lejos de quitarle la vida ni maltratarlo, aceptó su auxilio y lo agasajó como a un amigo.

Aprovechando las disensiones surgidas en Roma entre los nobles y a causa también de un insulto que los romanos infirieron a los volscos,

Tullus y Marcio pudieron prepararse para la guerra y mandaron embajadores a Roma, pidiendo la devolución de todas las tierras que los romanos les habían arrebatado anteriormente. Los romanos, al oír esta petición, contestaron que si los volscos eran los primeros en tomar las armas, ellos serían los últimos en dejarlas.

Los volscos, pues, prepararon la guerra, cuyos jefes fueron Marcio y Tullus, aunque por acuerdo entre ambos, el último se quedó en la retaguardia para defender las ciudades. Marcio inmediatamente pasó a saco algunas tierras romanas y obtuvo tanto botín que a duras penas pudieron transportarlo. Luego siguió en sus correrías, conquistando riquezas, destruyendo las ciudades que se resistían y respetando las que se rendían. Mientras tanto en Roma el pueblo no quería hablar siquiera de la guerra y por una de esas mudanzas tan frecuentes entre la plebe, se pronunciaron en favor de volver a llamar a Marcio, perdonándole, pero entonces fué el Senado el que se negó a ello.

Al saberlo Marcio se indignó más todavía y

prosiguiendo su movimiento de avance, fué a situarse a un lugar que se hallaba a dos leguas de Roma. El miedo empezó a enseñorearse de la ciudad y la opinión general era que el pueblo tenía razón al querer llamar a Marcio, de manera que al fin le enviaron embajadores para comunicarle que sus conciudadanos le llamaban, dispuestos a restituirle sus bienes y le suplicaban, además, que les evitase aquella guerra.

Los emisarios elegidos eran amigos de Marcio y esperaban que éste los acogiese favorablemente. Pero cuando los llevaron hasta donde se hallaba el general, vieron que les recibía con huraño continente y les ordenaba dar cuenta en alta voz de su embajada. Así lo hicieron con las mejores y más suaves palabras que les fué posible. El caudillo les contestó agriamente y más enojado que nunca, y luego en su calidad de jefe de los volscos, exigió que se les devolviesen las tierras que les habían arrebatado y les dieran, además, carta de ciudadanía romana, como habían hecho con los latinos, pues no había otra manera de hacer

una paz justa y honrosa que ésta. Y para decidirse les dió un plazo de treinta días.

Volviéronse los embajadores con esta respuesta y mientras tanto Marcio retiró su ejército de la tierra romana, lo cual fué bastante censurado por los volscos. Mientras tanto Marcio no se quedó inactivo, sino que fué a devastar las tierras de los aliados de los romanos, sin que éstos saliesen a socorrerlos, tan poco deseaban entonces la guerra. Pero una vez terminado el plazo volvió con su ejército al territorio romano y entonces le mandaron una nueva embajada, recomendándole que alejase a su gente y que ellos, por su parte, procurarían atender las justas peticiones que hiciesen los volscos. Marcio les contestó que rebajasen su orgullo y que si no volvían aceptando las condiciones que les puso la primera vez, no les daría siquiera salvoconducto, para que fuesen a pronunciar en su presencia palabras inútiles y vanas.

En vista de ello decidieron los romanos mandar a los sacerdotes a suplicar a Marcio. Este les dejó llegar a su presencia, mas a to-

das sus súplicas contestó lo mismo que a las dos embajadas anteriores, y así tuvieron que volvere a Roma sin haber logrado su objeto.

Por fin el pueblo y el Senado, comprendiendo que la guerra era inevitable, se resolvieron a esperarla y a defender las murallas, aunque sin dar ninguna batalla a campo abierto. Así las cosas, la hermana de Publícola, que aun vivía y era muy respetada, reunió a algunas amigas suyas y, juntas, fueron a visitar a la madre y a la esposa de Marcio, para decirles que si bien su iniciativa era puramente particular y no aconsejada por el Senado, creían que las damas romanas hallarían mejor acogimiento en Marcio, sobre todo si entre ellas figuraban su esposa y su madre.

Estas aceptaron gozosas la idea y, saliendo de Roma, se encaminaron al campamento de los volscos. Estos las dejaron pasar y cuando las vió Marcio desde lejos se maravilló, sin saber lo que sucedía. Pero al ver que delante de todas las damas iban su esposa y su madre y también sus hijos, sintióse dominado de la

mayor emoción y derramando lágrimas abrazó a aquellas prendas queridas de su corazón.

Entonces su madre empezó a suplicarle que mostrase su magnanimidad, olvidando las ofensas recibidas de los romanos y que no llevase el duelo y la muerte a las mujeres, que nada le habían hecho. El orgulloso Marcio escuchó sin dejarse ablandar, pero cuando vió que su madre y las demás mujeres se arrodillaban ante él, pidiendo misericordia, no pudo resistir más y accedió a desistir de la guerra.

Huelga decir la alegría que este resultado produjo en Roma. El contento reinaba por doquier y todas las embajadoras recibieron continuadas muestras de agradecimiento. En cuanto a Marcio devolvió las tropas volscas a sus casas y luego se presentó a justificar su conducta.

Tullus le quería mal y comprendió que si le dejaba hablar, aquel hombre acabaría por justificarse ante sus compatriotas gozando de una influencia mayor que la suya. Por eso, el día en que se reunió la asamblea de los volscos, se puso de acuerdo con algunos amigos



...vió que su madre y las demás mujeres se arrodillaban...

suyos para no permitir que Marcio pronunciase su discurso y arrojándose contra él, le dieron la muerte.

Los volscos le hicieron objeto de grandes honras fúnebres, como si hubiera sido un hombre notable de su nación. En cuanto a los romanos parecieron enterarse con indiferencia de la suerte de aquel grande hombre, si bien las mujeres romanas resolvieron llevar luto por él, por espacio de diez meses, que era el más largo que se llevaba por los padres y por los maridos.

VIII

FILOPEMEN

Este famoso general griego era hijo de Crausis, varón muy apreciable, y natural de Megalópolis. Disfrutó de excelente educación durante su adolescencia y sus maestros le infundieron las virtudes de los generales antiguos, gracias a lo cual se elevó al mayor poder y a la gloria más excelsa. Haciendo su elogio un notable romano, le llamó el último de los griegos, porque, en efecto, fué el último grande hombre que produjo la Grecia, digno de tal patria.

Hay muchos pareceres acerca de su aspecto, pues mientras unos sostienen que era feo y mal conformado, otros dicen que tenía un ros-

tro regular. Lo cierto es que en una ocasión llegó a Megara y la dueña de la casa a que estaba destinado, se azoró al saber que en breve iba a recibir la visita del general de los aqueos, y se preparó para disponer la comida en ocasión de que su marido estaba ausente. Llegó en esto Filopemen, cubierto con un manto ordinario, que no daba a entender su condición y juzgando la buena mujer que se trataría de algún correo o criado, le rogó que la ayudase en los preparativos de la comida, cosa en la cual consintió el general con el mayor agrado. Poco después llegó el dueño de la casa y al ver a su huésped entregado a tales tareas, le preguntó: «¿Qué es esto, Filopemen?» «¡Qué ha de ser—le contestó el general en lenguaje dórico—sino que pago la pena de mi mala figura!»

Ya desde niño se sintió inclinado a la guerra y nada le satisfacía tanto como aprender las lecciones que a ello se encaminaban, manejar las armas y montar a caballo. Una vez hubo terminado su aprendizaje teórico, empezó a tomar parte en las excursiones cívicas, que

solían hacerse a Laconia y adquirió la costumbre de ir siempre delante a la ida y en último lugar al regreso. Cuando no tenía otras ocupaciones, ejercitaba su cuerpo labrando o cazando, y con gusto compartía la comida y la cama de los labradores. Cuanto le correspondía de sus expediciones lo empleaba en comprar caballos, en adquirir armas o en redimir a los cautivos y procuraba aumentar su patrimonio por medio de la agricultura, pues sostenía que quien ha de abstenerse de tocar la hacienda ajena, fuerza es que la tenga propia.

Estudiaba cuanto podía y estaba encaminado a perfeccionarse en sus ocupaciones militares, y examinaba personalmente los campos de batalla, que había visto citados en sus estudios y, sobre el terreno, criticaba la disposición de las tropas o los movimientos que habían hecho, pues consideraba la guerra como ejercicio muy variado y digno de un hombre verdadero, despreciando, en cambio, a los que nada entendían de ella.

Treinta años tenía cuando Cleómenes, rey

de los lacedemonios, cayó, de pronto, sobre Megalópolis y, atropellando las guardias, se metió en la plaza. Acudió Filopemen y luchó con el mayor valor, y aunque no pudo rechazar al enemigo, por lo menos facilitó la salida de los habitantes, que abandonaron la ciudad. El rey de los lacedemonios los hizo llamar, diciéndoles que estaba dispuesto a devolvérsela, y cuando ellos se disponían a aceptar esta promesa, les convenció Filopemen de que no lo hiciesen, pues el usurpador quería hacerse también dueño de los ciudadanos, ya que de nada le servía haberse apoderado de una ciudad desierta. Los ciudadanos le obedecieron, pero Cleómenes halló en ello pretexto para destruir una buena parte de la ciudad y retirarse después de haber obtenido un rico botín.

Cuando el rey Antígono acudió en auxilio de los aqueos, partió contra Cleómenes y situó convenientemente sus fuerzas en las alturas y gargantas inmediatas a Selasia. Filopemen con sus conciudadanos estaba entre la caballería, defendida por los ilirios, gente aque-

rrida y numerosa. La caballería había recibido orden de no moverse hasta que les hicieran una señal, pero habiéndose dado a los ilirios la orden de atacar, dejaron a la caballería, y el enemigo quiso entonces atacar a los ilirios por la espalda. Filopemen, que lo observó, vió también que nada sería tan fácil como atacar, a su vez, por detrás, a sus enemigos, y así lo hizo sin esperar orden alguna, consiguiendo causar tal desorden en las filas contrarias que las puso en fuga. Mas tuvo la desgracia de que al apearse para proseguir el combate, en un lugar muy quebrado, un dardo con su cuerda viniese a atravesarle ambos muslos, causándole una herida grave, aunque no mortal. Era difícil arrancar el dardo a causa de la cuerda y en vista de que nadie se prestaba a ello, sin pensar más en la herida, se esforzó en andar, con lo cual rompió el dardo por la mitad y así ya resultó fácil extraer los dos trozos. Por fin Antígono alcanzó la victoria y terminada ya la batalla, preguntó por qué se había movido la caballería sin su orden y le contestaron que por haberlo mandado un

joven de Megalópolis, a lo que el rey, sonriendo, contestó que el tal joven había obrado como un verdadero general.

Luego Antígono le hizo grandes ofrecimientos para que se quedara a su servicio, mas como él se sentía poco inclinado a obedecer, fuése a Creta con objeto de ejercitarse más aun en la milicia al lado de varones afa-
mados, y volvió precedido de tan gran reputación a la liga de los aqueos, que inmediatamente le nombraron general de la caballería. Hallóla casi desorganizada, y se empleó el tiempo en adiestrar a los jinetes de tal manera, que muy pronto les hubo dado otro espíritu y una instrucción tan perfecta, que todos se maravillaban al contemplar sus evoluciones. Una corta guerra contra los etolios dió tanta fama a Filopemen, que pronto advirtieron todos que valía tanto en la acción como en el consejo y que no era inferior a los mejores guerreros ni a los varones más prudentes.

Los aqueos, hasta entonces, habían sido débiles, pero ya tenían el deseo de libertar a las ciudades comarcanas de la tiranía que su-

frían y enlazarlas entre sí por medio de un gobierno uniforme, aunque los jefes no se atrevían a resistirse a los reyes macedonios que deseaban impedirlo. Filopemen, sin embargo, habíase convertido ya en un personaje poderoso, invencible y muy indicado para llevar a cabo tal propósito.

Para lograrlo empezó a introducir grandes reformas y modificaciones tanto en el armamento como en la táctica que hasta entonces habían seguido los griegos. Poco a poco les hizo olvidar su afición al lujo y les dió armas más manejables y útiles que las que solían emplear.

En una batalla que los aqueos dieron al tirano de los lacedemonios, Filopemen consiguió derrotarlo por completo y además darle muerte, con lo cual el entusiasmo de sus tropas y aun del mismo pueblo ya no tuvo límite.

A partir de entonces intervino en cuantas guerras dieron los aqueos y en todas ellas alcanzaba la victoria. Sólo una vez fué derrotado, cuando quiso dirigir una batalla naval,

pues se equivocó al creer que también le serviría su experiencia en la guerra terrestre. Sin embargo, observando que el enemigo había desembarcado y estaba distraído por el entusiasmo de la victoria alcanzada, desembarcó, a su vez, con su gente y dispuso el combate de tal manera que convirtió su derrota en una magnífica victoria.

A los setenta años de edad vióse nombrado por octava vez general de los aqueos, mas ya esperaba seguir viviendo en paz y alejado de la guerra, como requerían sus muchos años. Pero Dinócrates de Mesena, que estaba mal con él, separó Mesena de la liga aquea y se dirigió contra una aldea, llamada Colonide, con intento de tomarla. La casualidad quiso que Filopemen estuviese en Argos con calentura, pero en cuanto recibió la noticia emprendió la marcha, recorriendo en un día más de cuatrocientos estadios y en el acto se dispuso a socorrer la aldea en compañía de algunos jóvenes soldados de a caballo. Empezóse la acción, pero como el enemigo recibiera refuerzos, Filopemen ordenó la retirada para no

verse envuelto. El mismo se quedó en la retaguardia y con frecuencia volvía la cara al enemigo, atrayéndolo hacia sí, aunque nadie se atrevía a atacarle, sino que se limitaba a gritar. De esta manera y mientras se retiraban sus soldados, no advirtió Filopemen que se había quedado rodeado por los enemigos. Lo quebrado del terreno y la fiebre que lo agobiaba hacía difícil la marcha, de manera que un tropiezo del caballo lo derribó al suelo, en donde recibió un golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido. Los enemigos, mientras tanto se aprovecharon para apoderarse de él y atarlo a fin de llevárselo prisionero.

Todos se alegraron en la ciudad al enterarse de lo sucedido, pero al ver el lastimoso estado en que venía un caudillo tan glorioso como Filopemen, los más se compadecieron de él y derramaron lágrimas. Otros, en cambio, deseosos de congraciarse con Dinócrates, propusieron que se le diese tormento y luego se le quitara la vida. De momento lo encerraron en un calabozo subterráneo, en el que no penetraban la luz ni el aire y que se ce-

rraba por medio de una enorme piedra que colocaban en la entrada.

Mientras tanto los soldados de Filopemen empezaron a buscarlo y se enteraron de lo que había sucedido. Llenos de pesar enviaron embajadores para pedir su libertad y en vista de que no podían lograrla, se prepararon para la guerra.

En cuanto a Dinócrates, temeroso de que Filopemen alcanzara la libertad, una vez fué de noche y la gente se hubo retirado de las cercanías de la cárcel del anciano general, hizo entrar a uno de sus satélites en el calabozo, llevando una copa de veneno y ordenándole que no se retirase sin que el preso se lo hubiese bebido. Filopemen estaba echado sobre su manto, sin dormir, entregado al dolor y a la incertidumbre. De pronto vió luz y no tardó en hallarse ante aquel hombre que llevaba la copa de veneno. La tomó con firme mano y le preguntó si tenía noticias ciertas de sus soldados. El enviado de Dinócrates le contestó que casi todos habían logrado salvarse y al oír es-

tas palabras el anciano general movió la cabeza en señal de aprobación y dijo :

—Buena noticia me das, ya que, según parece, no tuvimos desgracia en todo.

Y sin añadir cosa alguna, bebió tranquilamente el veneno y volvió a tenderse.

Poco obstáculo encontró el tósigo para producir sus efectos, pues como el desgraciado estaba débil en extremo, acabó muy en breve su vida.

En cuanto se difundió la noticia de su muerte, hubo grande aflicción entre los aqueos y todas las ciudades se sumieron en el dolor y en el desconsuelo. Los jóvenes acudieron a las armas, deseosos de vengar su triste fin y a las órdenes de Licorta se entraron por la Mesenia, talándolo y destruyéndolo todo. Dinócrates, asustado en extremo y temeroso de la suerte que le esperaba, acabó quitándose la vida, ejemplo que imitaron cuantos habían aconsejado la muerte de Filopemen. Licorta se apoderó de los que se habían pronunciado por el tormento y a su vez los hizo atormentar. Hecho esto, quemaron el cuerpo de Filopemen

y, recogiendo sus cenizas en una urna, dispusieron su condición no sencillamente, sino rodeando la fúnebre comitiva de la dignidad triunfal, porque al mismo tiempo se les veía ceñir coronas y derramar lágrimas; y juntamente con los enemigos prisioneros cargados de hierros, veíase la urna de tal manera cubierta de cintas y de coronas, que apenas podía descubrirse una mínima parte.

Polibio era el encargado de llevarla. Era hijo del general de los aqueos y le acompañaban dos de los principales de éstos. Seguían luego los soldados armados y con los caballos magníficamente enjaezados, mostrando aquellos en sus rostros menos tristeza de la que se suele ver en semejantes casos, aunque también no tanta alegría como cuando regresan victoriosos de la guerra.

De las ciudades y pueblos por los que pasaba la fúnebre comitiva, salían los ciudadanos de la misma manera que cuando él regresaba victorioso de una batalla y se unían al cortejo que llevaba sus restos a Megalópolis, su ciudad natal.

Cuando ya pudieron incorporarse los ancianos con las mujeres y los niños, se oyó en la ciudad el llanto del ejército; todos estaban afligidos y desolados por aquella pérdida, adivinando que con ella tenían que abandonar ya la seguridad de ocupar el primer lugar entre los aqueos.

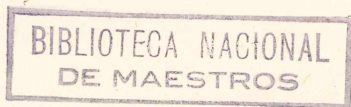
Dióse, pues, a Filopemen la honrosa sepultura que le correspondía y en las inmediaciones de su tumba la gente apedreó a los prisioneros de los mesenios.

En vista de que fueron muy numerosas sus estatuas y también extraordinarios los honores que las ciudades le decretaron, hubo un romano que, en los infortunios que Grecia hubo de experimentar en Corinto, propuso destruir todas las imágenes del gran general, persiguiéndole después de su muerte, como manifestación de que en vida había sido contrario y enemigo irreconciliable de los romanos.

Discutióse el asunto, y hubo quien replicó, de manera que no se consintió en que se quitasen los monumentos de un varón tan insigne, porque a los hombres virtuosos han de

tributarles honores todos los hombres buenos, sea cual fuere la nacionalidad a que unos y otros pertenezcan, teniéndose para ello presente únicamente sus merecimientos por el bien que hayan aportado a la humanidad con su talento y virtudes.

FIN







LIJ

C-AR

37

